

SERVICIO SECRETO

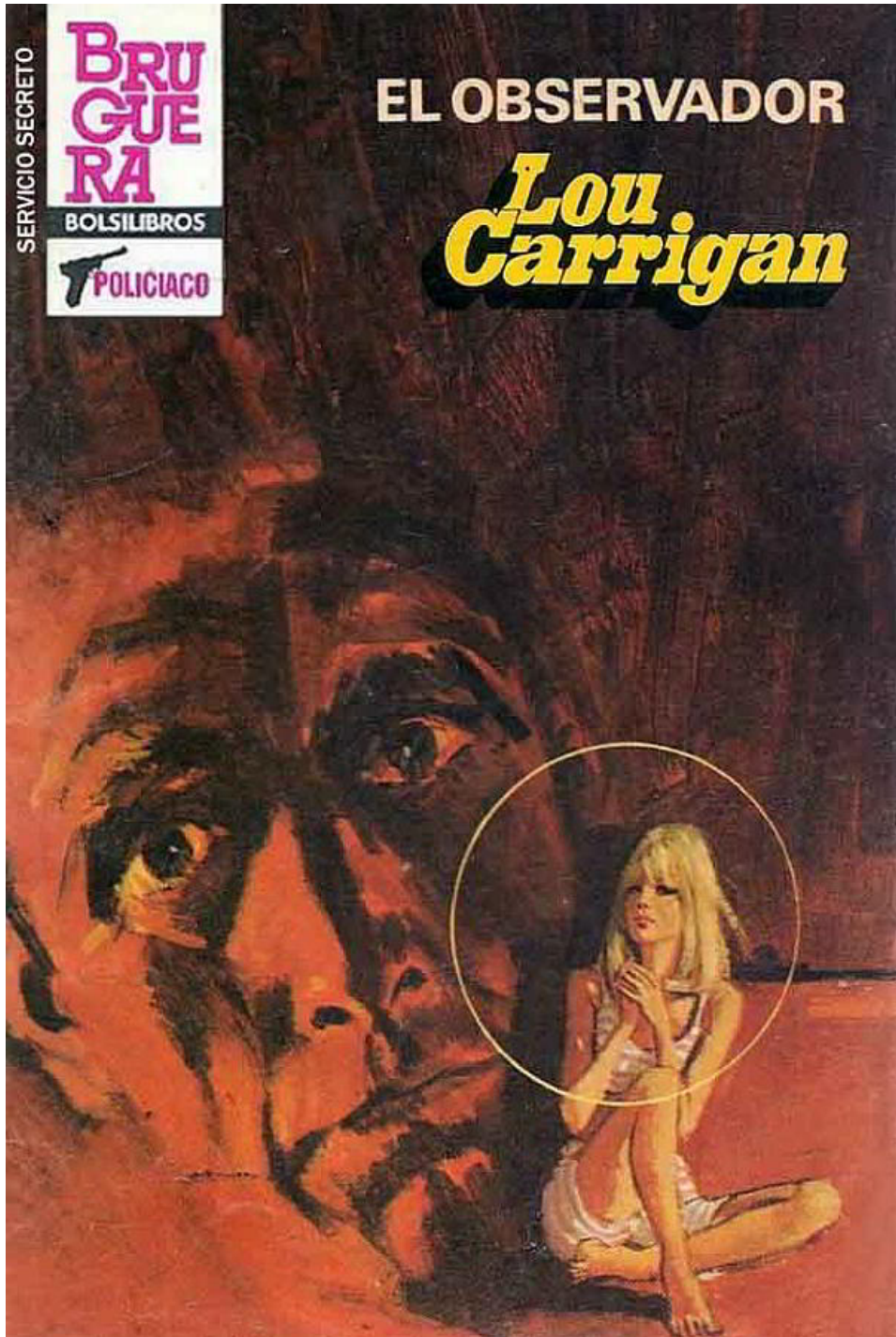
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

EL OBSERVADOR

**Lou
Carrigan**



Habían llegado a Ciudad México procedentes de Acapulco, donde, evidentemente, habían pasado una buena temporada tomando el sol. Ambos estaban más que convincentemente bronceados, y especialmente ella, con sus grandes y hermosos ojos azules, llamaba mucho la atención. Era alta, de cuerpo espléndido, elegante y rubia como el mismísimo sol. Los mexicanos y los turistas de todo el mundo que paseaban por el parque Chapultepec los miraban con auténtico asombro.

El medía metro ochenta y cinco, sus cabellos eran cobrizos y sus ojos negros y quietos. Bronceado, deportivamente vestido, atlético pero sin exageraciones musculares, habría llamado la atención aunque no llevara del brazo una rubia tan absolutamente despanpanante.



Lou Carrigan

El observador

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1718

ePub r1.0

Lds 02.03.19

Título original: *El observador*

Lou Carrigan, 1983

Cubierta: Badia

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Habían llegado a Ciudad México procedentes de Acapulco, donde, evidentemente, habían pasado una buena temporada tomando el sol. Ambos estaban más que convincentemente bronceados, y especialmente ella, con sus grandes y hermosos ojos azules, llamaba mucho la atención. Era alta, de cuerpo espléndido, elegante y rubia como el mismísimo sol. Los mexicanos y los turistas de todo el mundo que paseaban por el parque Chapultepec los miraban con auténtico asombro.

El medía metro ochenta y cinco, sus cabellos eran cobrizos y sus ojos negros y quietos. Bronceado, deportivamente vestido, atlético pero sin exageraciones musculares, habría llamado la atención aunque no llevara del brazo una rubia tan absolutamente despampanante.

Sentado en un banco del parque, el hombre que había estado simulando leer el periódico movió la cabeza al verlos, con un gesto entre resignado y admirado. Bueno, de Elvis North y Alice Westmoreland se podía esperar cualquier cosa menos que pasaran desapercibidos. Paciencia. De todos modos no había por qué preocuparse: como fuese, Elvis y Alice, los comodines de la organización Watch Wide World (Vigilancia Universal) siempre terminaban con éxito sus misiones, fuesen cuales fuesen éstas y fuesen cuales fuesen los riesgos que entrañasen.

Ahora, la
W. W. W.,
que se preocupaba por que en el mundo hubiera tantos focos de tensión y estaba siempre dispuesta a evitar fricciones y acontecimientos que pudieran ocasionar males mayores, recurría una vez más a sus agentes preferidos: Elvis y Alice.

Para éstos se había terminado la buena vida en Acapulco sin más ocupaciones que tomar el sol, comer y beber espléndidamente, y hacer el amor..., a la espera de una nueva misión... que ya había llegado.

Por supuesto, Elvis y Alice también le habían visto a él, y el hombre se resignó una vez más a seguirles el juego de sus bromas, fuesen cuales fuesen. Pero seguro: alguna broma le gastarían. Los veía ir hacia él como si no le hubieran visto. ¿O realmente no le habían visto? Oh, vamos, eso era imposible en ellos, ¡claro que tenían que haberle visto allá sentado, con el periódico en las manos...!

¿O tal vez no le habían visto?

Para cualquier observador casual habría estado bien claro que la impresionante pareja no había visto el rechoncho hombrecillo sentado en el banco, pues se sentaron junto a él, de modo que la rubia quedó entre el rechoncho y su acompañante pero ignorando completamente al rechoncho.

—Pues te lo digo en serio, mi amor —dijo la rubia, por supuesto dirigiéndose al atractivo atleta—: si no está aquí dentro de cinco minutos nos vamos a almorzar. ¡Qué se habrá creído, hacer esperar a Elvis y Alice!

—Mujer, dale tiempo —dijo reposadamente el impresionante Elvis: tal vez haya perdido el avión.

—La gente seria no pierde el avión.

—Eso es verdad —asintió Elvis—. Y a propósito del jefe: ¿no has observado que últimamente está un poco gordo?

—¿Un poco? ¡Está hecho una vaca!

—En todo caso será un toro. A menos que sea homosexual, en cuyo caso quizá le gustaría que le llamaran vaca.

—No me sorprendería nada.

—¿El qué?

—Que fuese homosexual.

—¿De veras? —exclamó Elvis, abriendo mucho los ojos—. ¿Sabes algo en ese sentido?

¡Cuenta, cuenta!

—No, si antes no me besas, mi amor.

—Pero, cariño, si besarte es siempre un premio para mí... ¡Con muchísimo gusto!

Elvis Horth pasó la mano tras la nuca de Alice Westmoreland, la atrajo y la besó en la boca. Algunas personas que pasaban cerca los miraron y sonrieron. El día era hermoso. El sol era hermoso. La vida era hermosa. El rechoncho no era hermoso, y además su gesto era cada vez más hosco e irritado.

Las bocas de Elvis y Alice se separaron, y ella exclamó:

—¡Qué beso tan hermoso, mi vida! —Como tú te mereces. Tengo más.

—Los dejaremos para luego —rió Alice, moviendo la cabeza de tal modo que sus rubios cabellos barrieron el rostro del mosqueado rechoncho—. ¿En qué estábamos?

Oh, sí, lo del jefe. Pues eso: además de estar gordo quizá sea homosexual.

—¿En que te basas para decir eso? ¡Es una acusación muy seria!

—Tengo mis buenos motivos: la última vez que le vi le propuse acostarse conmigo y me rechazó.

—¡Cielos, no! ¡Pobre hombre!

—No puedes imaginarte el llanto que eso me ocasionó. Porque claro, lo que menos podía pensar yo es que el jefe sea homosexual, de modo que lógicamente empecé a pensar que me estaba haciendo vieja, que le parecía una bruja repugnante, y cosas así. ¡Dios mío, como lloré!

—Pobrecita mía —la abrazó cariñosamente Elvis—. Anda, anda, no llores, cariño mío: ni eres vieja, ni eres una bruja. ¡Pero si estás para comerte, amor mío!

—¿De verdad me comerías?

—¡Ya lo creo que sí, tesoro! Mira, eres tan bonita que si no te conociera ya me pasaría la vida buscándote por todo el mundo, pues sólo con una mujer como tú concebiría yo la felicidad.

—¡Qué cosas tan bonitas me dices, Elvis!

—Bah, bah... Corrientes, corrientes. ¿Nos besamos otra vez?

—No, porque si llega el jefe y nos ve besándonos tendrá celos de mí.

—De mí, querrás decir —corrigió Elvis.

—No, hombre: celos de mí por besar a un hombre tan guapo como tú.

—¡Vida mía!

—¡Cariño!

El hombre rechoncho, cuyo gesto ya no podía ser más hosco, gruñó:

—Bueno, ya está bien, ¿no? ¡No he venido a México a perder el tiempo con tonterías!

Los dos le estaban mirando ahora, con expresión de gran sobresalto, «sorprendidísimos» de verle allí.

—Atiza —exclamó Alice—, ¡el jefe!

—Jefe —preguntó Elvis—, ¿hace mucho que está aquí? No nos habrá oído, ¿verdad? —Han asesinado a balazos a un observador de la O. N. U.—. dijo a bocajarro el jefe. —Se llamaba Revaz Parelsnikov, y estaba recorriendo Centroamérica. Por supuesto, como su nombre indica era ruso. Tengo aquí un resumen informativo sobre él y algunas fotografías.

Sacó un sobre, lo tendió a Alice y ésta lo tomó; sacó el material que contenía y se quedó mirando la primera fotografía del tal Revaz Parelsnikov. Parecía tener unos cuarenta años, su rostro era agradable, de líneas más bien suaves e inteligentes. Había en su boca bien dibujada una sonrisa apenas esbozada, pero que sugería amabilidad y tolerancia. Frente amplia, despejada. Rubio, de ojos azulgris muy claros.

El resumen de la personalidad de Parelsnikov estaba en cinco páginas mecanografiadas que Elvis y Alice leyeron al mismo tiempo, sin prisas: universitario, gran deportista, diplomático de carrera, soltero, llevaba más de cinco años trabajando en cuestiones relacionadas con la

O. N. U.

después de haber viajado prácticamente por todo el mundo en diversas misiones diplomáticas interinas, naturalmente al servicio directo de Rusia. Su trayectoria era clara, concreta, nítida.

—Un observador nato —murmuró por fin Alice, mirando al jefe.

—Sí, evidentemente.

—¿Dónde lo han matado? —preguntó Elvis.

—En Tegucigalpa.

—¡Oh, no! —gimió Alice.

—Realmente, las cosas ya están bastante mal en Centroamérica para que ahora haya que añadir el asesinato de un observador de la O. N. U..

Un observador de la situación, precisamente.

—¿Quiere decir que Parelsnikov andaba metiendo las narices por los intríngulis de lo que sucede en Centroamérica?

—Ésa era la idea. Fue seleccionado por la

O. N. U.

para ese cometido, y enviado allá digamos... de incógnito, para que realizara pesquisas diferentes a las habituales. Con esto, la

O. N. U.

intentaba obtener un informe especial de la situación en Centroamérica.

—¿Y Estados Unidos aceptó que ese observador respaldado aunque fuese secretamente por la

O. N. U.

fuera un ruso? —Abrió los bellos ojos Alice como ante un encantamiento.

—Así es.

—Pues ya es tener valor —sonrió Elvis—. De todos modos, ¿qué podía averiguar un hombre solo? ¿O no viajaba solo el tal Parelsnikov?

—Viajaba solo. Y está claro que tuvo que descubrir algo importante, considerando que decidieron matarlo.

—Bueno, ¿qué pudo descubrir? Todo el mundo está con vencido de que el imperialismo norteamericano está detrás de todo el follón centroamericano. Si eso es lo que descubrió, ¡vaya una cosa!

—Nos inclinamos a creer que no es eso lo que descubrió. Sin embargo, con seguridad es lo que creará el mundo en cuanto se entere de la muerte de ese observador secreto..., que dejará de ser secreto. Y cuando la gente empiece a hablar, acusarán a la

C. I. A.

de haber eliminado al observador.

—Muy astuta, la

C. I. A.

—deslizó suavemente Alice—... Por un lado, Estados Unidos aprueba la elección del observador ruso en la

O. N. U.

Por otro lado, la

C. I. A.

va y se lo carga. ¡Qué gran astucia!

—No creemos que haya sido la

C. I. A.

—¿Ah, no? ¿Quién, entonces?

El jefe sonrió beatíficamente.

—Eso es precisamente lo que la

W. W. W.

quiere saber antes de una semana. Es decir, el plazo máximo es de una semana, pero a ser posible nos gustaría saberlo mucho antes. Y ello porque si se mantiene la sospecha de que ha sido la

C. I. A.

quien se ha cargado a Parelsnikov, y los agentes de la

K. G. B.

en Centroamérica deciden investigar el asesinato de un ruso afecto a la

O. N. U.,

y se meten con la

C. I. A.,

y la

C. I. A.

se molesta, y se molestan los amigos de la

C. I. A.,

y se molestan los amigos de los rusos... Bueno —el jefe movió la cabeza—, la cosa se va a poner al rojo vivo. ¡Y ya están las cosas suficientemente mal en esa zona!

—Eso es verdad —asintió Alice—. Y le diré una cosa, señor: a mí, lo de esa zona, no sé por qué siempre me ha olido a podrido. No es que quiera parecerle antipatriótica, pero... ¿no le parece que quizá haya *algo* de verdad en las acusaciones de imperialismo que se formulan contra Estados Unidos?

—Ésa no es la cuestión —gruñó el jefe—. La cuestión es que hemos de evitar que surjan más fricciones en Centroamérica. Ésa es una de las funciones primordiales y básicas de la

W. W. W.,

así que queremos saber la verdad de lo ocurrido con Revaz Parelsnikov. Queremos saber *qué descubrió* ese observador ruso para que lo asesinaran, y quién lo hizo y quién dio la orden.

—Caray —se admiró Elvis—, ¡usted quiere saberlo todo, jefe!

—Exactamente: todo.

—No parece un trabajo fácil. ¿Dispone la

W. W. W.

de personal capacitado para una empresa como ésta, para una investigación de tal envergadura?

—Pues sí —dijo con no poca guasa el jefe—. Disponemos precisamente de dos elementos que hasta la fecha *nunca* han fallado. De modo que hemos pensado enviarlos a Tegucigalpa a que nos resuelvan la papeleta y de este modo evitar que los rusos y los americanos se compliquen la vida con acusaciones o con represalias..., lo que iría deteriorando todavía más la situación en la zona.

—Envíe nuestra felicitación a la dirección de la

W. W. W.

por disponer de personal tan altamente cualificado —dijo Alice—. Pero es de suponer que no los enviarán allá sin más, sin una pista por pequeña y miserable que sea.

—Me temo que no hay ninguna pista que merezca categoría de tal.

—Pero algo habrá —insistió Elvis por Alice.

—Bueno —el jefe sacó otro sobre que tendió a la pareja—, dentro de este sobre hay algunos pequeños datos que consideramos de escasa importancia, pero no hay nada más. Oigan, a propósito: ¿no tendrán pensado ustedes darse una vuelta por Tegucigalpa, por casualidad?

—Pues mire —sonrió deliciosamente Alice—, precisamente tenemos pensado ir allá. Ya estábamos un poco aburridos de Acapulco.

—No me diga —gruñó el jefe—. ¡De modo que se aburrían en Acapulco! ¡Maldita sea mi estampa, y yo encerrado en un despacho!

—Perdone —alzó un dedote Elvis—, no hemos dicho que nos aburriáramos *en* Acapulco, sino que nos aburriáramos *de* Acapulco, pues llevamos allá demasiados días. Por lo demás, nosotros nunca *nos* aburrimos.

—En cualquier caso —dijo Alice—, sí, precisamente tenemos pensado ir a Tegucigalpa cualquier día de éstos.

—En ese caso, ¿serían tan amables de entregarle este sobre a los agentes de la

W. W. W.

seleccionados para el caso del observador ruso? —propuso

malignamente el rechoncho—. Lo enviaríamos por correo, pero siempre es más seguro enviarlo directo de mano a mano.

—Eso es cierto. ¿A quién tenemos que entregar el sobre?

—A Elvis North y Alice Westmoreland. Los encontrarán fácilmente: sólo tienen que ir al mejor hotel de la ciudad, y allá estarán.

—Caray... ¡Sí que saben vivir! —exclamó Elvis.

—Sí, pero está justificado. Es que, ¿saben?, esa pareja nunca puede estar segura de que verá el sol del día siguiente, así que mientras viven, pues viven bien. Pero cualquier día, en cualquier momento, ¡zas!, les cortarán el cuello a los dos.

—A eso le llamo yo infundir moral —dijo Elvis.

—Así aprenderán a meterse con mis inclinaciones sexuales. Y otra cosa: mucho cuidado con lo que hacen, pues nada menos que está la

O. N. U.

de por medio. Y nos digamos el resto de actores: la

K. G. B.

y la

C. I. A.,

que estarán con las garras preparadas. —Olvida usted a alguien— murmuró Alice.

—¿Sí? ¿A quién?

—A alguien ajeno a la

O. N. U.,

a la

C. I. A.

y a la K. G. B.. O sea, a la persona o grupo que se ha cargado al observador. ¿Qué hacemos cuando encontremos a estos elementos?

—Quítenlos de en medio —dijo secamente el rechoncho.

Sin más se puso en pie y se alejó, paseando tranquilamente al sol. Elvis y Alice se miraron, y ella dijo:

—Me parece que la broma sobre su homosexualidad no le ha gustado.

—Eso es lo que me inquieta —reflexionó Elvis.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Verás... Supongamos que tú vas por ahí diciendo que yo soy calvo. ¿Crees que yo me enfadaría por ello?

—Bueno, generalmente eres muy amable y cariñoso conmigo, pero tal vez podría molestarte que yo dijera eso.

—Que no, mujer. Me molestaría si dijeras, por ejemplo, que tengo el ombligo torcido, o las tetillas de color verde, pongamos por caso. Pero... ¿por decir que soy calvo? ¿Acaso no se vería perfectamente que no soy calvo?

—¿Eso quiere decir que tienes el ombligo torcido o las tetillas de color verde? —exclamó Alice.

—No, mujer, pero para demostrarlo tendría que ir enseñando continuamente el ombligo y las tetillas. En cambio, lo de mi cabellera sería bien evidente. Con el jefe pasa lo mismo: a lo mejor le representaría algún apuro ir demostrando por ahí que no es homosexual.

—Ya entiendo. ¡Caray! ¡A ver si...! ¿Tú crees que él...?

—¡Huy, esas cosas nunca se saben!

—Tanto como nunca... De algunas personas no se podría sospechar nada así.

—De todas, de todas.

—Que no —rió Alice—. ¡Yo sé de una que no!

—¿De quién?

—De ti. Estoy convencida de que siempre, en cualquier momento, puedes demostrar que no eres nada de eso. Por ejemplo, sé que si te pido que vayamos ahora mismo a hacer el amor aceptarás inmediatamente...

—Pues te equivocas.

—¡Oh, no! —exclamó Alice—. ¡Tú no, Elvis!

—Cosas de la vida. Además. —Elvis North miró su reloj de pulsera, hizo unos rápidos cálculos, y añadió—: si nos tomamos las cosas en serio y nos ponemos en marcha ahora mismo podremos estar esta misma tarde en Tegucigalpa. La pregunta es: ¿somos o no somos serios nosotros?

—¡Menudo susto me habías dado!

Elvis la besó en la nariz.

—Me parece que esa gente no ha hecho un buen negocio —murmuró—: se han cargado a un observador... y ahora se les van a echar encima dos que sin duda tendrán mucho peor genio que el ruso Parelsnikov.

—Que en paz descanse.

CAPÍTULO II

Poco después de media tarde Elvis North y Alice Westmoreland llegaron en vuelo de Aeronaves México a la capital hondureña. Es decir, al aeropuerto internacional de Toncontin, a cinco kilómetros de la ciudad. Distancia ésta que fue salvada en taxi por la espectacular pareja, en la que destacaba la encantadora Alice y su rubia cabellera.

Viajaban con poco equipaje: una maleta cada uno, y un portafolios Elvis y un maletín de viaje Alice. Ningún problema para alojarse al llegar a Tegucigalpa, pues el conductor del taxi, un negro indolente, simpático y de mirada harto expresiva hacia los encantos de Alice, los llevó directamente a uno de los mejores hoteles de la ciudad, cerca de El Picacho. Aquí, en menos de media hora quedaron instalados el señor North y la señorita Westmoreland, en habitaciones separadas, y mientras ellos se instalaban, se duchaban y se cambiaban de ropa, la dirección del hotel les alquiló un coche. Coche que encontraron a su disposición cuando, hacia las siete y media de la tarde, ambos bajaron de sus respectivas habitaciones.

Ya sentados en el coche. Alice miró su relojito de pulsera, y dijo:

—Incluso es mejor ir ahora mismo por si ocurriese algo que nos pillara de noche. En la oscuridad las cosas son más fáciles.

—Para gente como nosotros —puntualizó Elvis.

—Eso quería decir —sonrió Alice.

—Puestas así las cosas, es decir, si admitimos la posibilidad de que pueda ocurrir algo, lo mejor sería que utilizásemos el sistema del coche con dueño visto.

—De acuerdo. Entonces yo iré a la casa.

—No veo por qué.

—Porque si hay algo montado allí siempre creerán que les va a

funcionar mejor con una mujer que con un hombre, y me darán más cuerda. Se confiarán más, en una palabra. —Con el cuento de que la gente teme menos cosas de ti que de mí— gruñó Elvis —resulta que siempre eres tú la que se mete en la boca del lobo.

—Siempre, no.

—Bueno, casi siempre.

—Querrás decir algunas veces —se echó a reír la bellísima Alice Westmoreland. El señor North no contestó. Conducía con calma, mirando a todos lados, gratamente impresionado por la ciudad, sus palmeras, sus gentes y sus edificios. No pudo evitar un comentario:

—Es una ciudad linda.

—¿Quieres decir una ciudad hermosa?

—Bueno, es antigua y moderna, es agradable, es incluso hermosa. Pero si he dicho linda es porque me parece la palabra más adecuada. *Linda*, en español.

—Comprendo. Sí, es una ciudad linda. Lástima que esté dentro de la órbita de intereses criminales. ¿Te parece bien dicho así, criminales?

—Siempre que se provocan guerras y muertes los intereses no son precisamente angelicales —dijo North—. Sería mejor que tomases el taxi en esta plaza.

—La plaza Morazán —sonrió Alice—. Y a propósito: ¿sabes lo que significa Tegucigalpa? —Cerro de Plata.

—Dime una cosa: ¿me permitirás que te sorprenda algún día?

—Ten cuidado.

—Sólo voy a tomar un taxi —sonrió Alice.

Elvis North compuso un gesto hosco y no contestó. En cuanto Alice se hubo apeado continuó conduciendo, dejó atrás la plaza Morazán, y no tardando mucho dejaba atrás Tegucigalpa, en dirección a Comayagua. Perdió de vista el río, el Choluteca, durante unos minutos. Luego volvió a verlo, lo perdió de vista nuevamente...

La zona residencial estaba apenas a tres kilómetros de Tegucigalpa. Había quizá unos sesenta chalés, todos discretos en forma y tamaño, nada espectacular, cada uno con su pequeño jardín en el que siempre destacaban los cocoteros. Un entramado de calles más bien estrechas formaban el sistema viario de la zona residencial modesta, numeradas y bien asfaltadas.

Eran casi las ocho cuando el señor North pasaba con el automóvil alquilado frente al chalé 16 de la Calle 4. Aquí, en este chalé, había sido localizado el observador ruso Revaz Parelsnikov en su última parada del largo viaje antes de ser asesinado. Última y definitiva parada, desde luego, pues con tres balazos en el cuerpo, dos de ellos en pleno corazón, era evidente que Parelsnikov ya no podría viajar más, salvo en su traslado a Rusia para su sepelio.

¿Cómo había sido encontrado su cadáver? Pues cuando Parelsnikov no llamó a la hora habitual diaria a cierto contacto telefónico ubicado en México cundió la alarma digamos rutinaria. Tras una hora de espera, el contacto fue quien llamó al teléfono de Honduras que Parelsnikov había indicado en su contacto anterior desde León, en Nicaragua, informado que no estaría esta vez en su hotel, sino en un chalé. El teléfono de este chalé no contestó a la llamada efectuada desde Méjico, y el hombre que estaba allí pasó a la segunda fase de la alarma, que consistía en llamar a otro teléfono, ahora de Tegucigalpa, preguntando si el señor Parelsnikov había dejado algún recado para él. El hombre que recibió esta llamada dijo que no colgó el auricular de su teléfono, abandonó su apartamento, y veinte minutos más tarde detenía su coche frente al chalé que ahora merecía la atención de Elvis North. Un minuto más tarde, aquel hombre había encontrado el cadáver de Revaz Parelsnikov. El resto, salvo por la discreción con que fue realizado todo, especialmente la retirada del cadáver del observador de la O. N. U., no vale la pena detallarlo.

¿Qué hacía ahora Elvis North pasando frente al chalé 16 de la Calle 4? Pues nada. Simplemente, pasaba. En realidad, ni siquiera miró el chalé en cuestión, sino que siguió adelante, detuvo el coche unos setenta metros más allá frente a otro chalé, se apeó, y dejando las llaves puestas en el contacto se alejó ahora a pie, como quien está tan desconcertado que prefiere seguir la búsqueda de algo caminando.

Quince minutos más tarde, cuando el señor North se había perdido de vista deambulando por las calles de la zona residencial, llegó un taxi procedente de Tegucigalpa. El taxi se detuvo frente al chalé 16 exactamente, y la señorita Westmoreland se apeó, tras una sonrisa y una orden al conductor:

—Espere unos minutos, por favor.

—Cómo no, señorita.

Ella volvió a sonreír, lo que no sorprendió al taxista, pues era una chica muy simpática. A decir verdad, era la pasajera más simpática que había tenido en toda su vida de chófer. Sí señor, lo era. La estuvo mirando mientras ella entraba en el jardincito del chalé 16, admirando sus piernas, que eran despanpanantes. ¡Qué maravilla de criatura!

La maravilla de criatura se detuvo ante la puerta del chalé y, con toda naturalidad, abrió su maletín, sacó una ganzúa como si se tratase de una llave, la introdujo en la cerradura y en menos de cinco segundos abrió. No tuvo más vacilaciones visibles que las de cualquiera que encuentra una cierta dificultad en abrir, cosa frecuente.

Entró, cerró la puerta a su espalda y permaneció inmóvil, escuchando.

Nada, salvo silencio. A derecha e izquierda los ventanales, con las persianas cerradas, permitían la entrada de un leve resplandor. Frente a ella, el pasillo arrancaba desde el reducido vestíbulo hacia el fondo de la casa.

Alice sacó la pequeña radio y pulsó el botón.

—¿Sí? —Se oyó la voz del señor North.

—¿Algo que deba preocuparme? —preguntó Alice.

—Pues sí. Es decir, no sé si te preocupará a ti, pero a mí me preocupa no haber visto nada preocupante.

—Entiendo. Bueno, avísame si ves algo.

—Si hay algo que no haya visto ya no lo veré, pues tiene que estar muy bien instalado. Pero estaré por aquí.

—Bien.

Alice cerró la radio, la guardó y enfiló en pasillo. A la izquierda una puerta se abría a una salita en cuyo ventanal parecía arder una hoguera rojo intenso: simplemente, el sol poniente visto a través de las persianas. La rubia siguió su camino. El chalé constaba de dos dormitorios, cocina y un cuarto de baño. Y la salita, claro está. Y eso era todo.

Todo estaba en orden allí dentro. Según los informes, los propietarios del chalé eran un matrimonio que en aquellas fechas se hallaban en Estados Unidos visitando a sus hijos. El viejo truco,

claro está. Aunque se localizase a aquellas personas no se conseguiría nada, pues los primeros sorprendidos por lo ocurrido en su chalé serían ellos. No lo habían prestado a nadie, no sabían quién era Revaz Parelsnikov, no tenían ni idea de nada. Pero la pregunta quedaba en pie: ¿cómo había conseguido Parelsnikov la llave de aquel chalé, quién se la había facilitado, por qué había ido allá en lugar de a un hotel como hacía habitualmente? Esto, ni siquiera su contacto en México lo sabía.

Un rápido examen del chalé convenció a Alice de que el observador de la

O. N. U.

ni siquiera había tenido tiempo de instalarse allí, tal como decía en el informe, pues su equipaje fue hallado intacto. Es decir, que Parelsnikov había llegado y lo habían matado. Punto.

¿Lo habían estado esperando dentro del chalé o habían llegado siguiéndolo, pisándole los talones?

Había un detalle que indicaba (salvo que se tratase de un truco de alguien) que Parelsnikov había encontrado vacío el chalé cuando llegó: el café que había empezado a prepararse. En la cocina se encontró una bolsa con comestibles, unas latas de cerveza, café, cigarrillos, pan, fruta... Evidentemente, Parelsnikov había comenzado a prepararse el café cuando llegó la persona o personas que lo mataron. No parecía probable que si estaban dentro esperándolo le diesen tiempo a preparar café. Así pues, llegaron pisándole los talones o, como máximo, le estaban esperando *fuera* del chalé, le vieron llegar, esperaron a que entrase y fueron a por él. Punto.

¿Cómo habían entrado en el chalé los asesinos o el asesino sin que Parelsnikov se enterase? ¿Tenían llave, como el propio observador? ¿O habían utilizado una ganzúa, como la señorita Westmoreland?

Ésta fue de nuevo a la cocina, siempre buscando con la mirada. Si habían matado a Parelsnikov era porque éste se había enterado de algo que resultaba peligroso para alguien, así que... ¿era descabellado suponer que Parelsnikov hubiera dejado alguna pista? ¿Era descabellado suponer que un hombre con tantas dotes de observación se hubiera dado cuenta de que corría peligro y hubiera ideado algo para que el fruto de su trabajo no se malograra?

La mirada de Alice se posó, de pronto, en la tarjeta postal que estaba introducida por un extremo entre el cristal y el marco de la puerta de un pequeño aparador colgado. Mucha gente hace eso: coloca las postales en espejos o puertas vidrieras y así la contemplan a su gusto con frecuencia sin tener que molestarse; aparte de que es un modo como otro cualquiera de ir coleccionándolas.

Sólo que allí había *una* postal. Una postal que, seguramente como todo allí, hacía varios meses que nadie miraba ni nadie tocaba.

Alice se acercó a mirarla más de cerca. Representaba una escena de playa, de gran atractivo turístico: el mar azul intenso, un par de pequeños islotes al fondo, un yate a la izquierda; más cerca, la playa de resplandeciente arena, con unos arbustos que no pudo identificar a la izquierda; tras la zona de arena, una de césped bien cuidado, en la que había palmeras enanas, sombrillas de cónico techado de paja seca, mesitas blancas con parasoles de colores blanco y rojo y blanco y verde, y unas extraordinarias hamacas suspendidas de dos fuertes pilares hundidos en el césped; en una de esas hamacas, del tamaño de una cama matrimonial, había una chica en bikini tomando gustosamente el sol.

«Esto es vida», pensó Alice, sonriendo.

Retiró la tarjeta de su asentamiento y le dio vuelta, para ver a qué lugar correspondía tan agradable imagen. Ah, claro, la isla panameña de Contadora, del Archipiélago de las Perlas...

Bip-bip-bip, zumbó suavísimamente la pequeña radio.

—¿Sí? —Atendió Alice la llamada inmediatamente.

—Sal de ahí ahora mismo —dijo sosegadamente Elvis North—: acaba de llegar un coche con tres hombres.

—Pero quizá no sean...

—¡Sal de ahí!

Elvis North no dijo nada más; cortó la llamada. Alice guardó de nuevo la radio, miró la postal, titubeo, estuvo a punto de colocarla donde la había encontrado y se quedó mirando al cristal sin un parpadeo, como petrificada. Reaccionando rápidamente, se quedó con la postal y fue rápidamente hacia el vestíbulo, por una de cuyas ventanas miró hacia el exterior, apartando dos listones de la persiana.

En efecto, detrás del taxi se había estacionado un automóvil, cuyos ocupantes debían ser, sin duda, los tres hombres que ahora caminaban hacia el chalé, con gesto cauto pero resuelto. Uno de ellos hizo una seña y su compañero de la izquierda asintió y apretó el paso hacia un lado de la casa. Alice comprendió: iba a vigilar la puerta de atrás, la de la cocina que daba directamente al exterior. Es decir, que conocían el chalé.

Lo conocían y lo habían convertido en una trampa. Sin duda lo estaban vigilando, pero de lejos, utilizando prismáticos, para dar las máximas facilidades a los posibles visitantes que como ella llegaban en busca de algo. Por eso no los había visto Elvis, porque permanecían alejados..., y ahora que había caído una pieza en la trampa iban a por ella.

Alice Westmoreland no tenía la menor duda respecto a la personalidad de aquellos tres hombres, no sólo porque conocía su pelaje, sino por simple lógica: eran rusos. Agentes de la

K. G. B.

integrados en el grupo que sin duda estaba investigando la muerte de Revaz Parelsnikov, prescindiendo de las investigaciones que por su parte efectuara la propia

O. N. U.

o cualquier otro organismo.

La primera idea que parecía aceptable era correr hacia el fondo de la casa, y salir por la puerta de la cocina antes de que el ruso llegara allá. Pero precisamente esas primeras ideas rebosantes de lógica son las que deben ser desdeñadas por los buenos espías.

Así que Alice Westmoreland no corrió hacia la cocina, sino que se quedó en el vestíbulo, junto a la puerta, en el lado que quedaría oculto cuando fuese abierta.

Oyó el suave roce de la llave en la cerradura, vio cómo la manilla bajaba. Apretó los labios y contuvo la respiración. La puerta se abrió lentamente, sin que entrase nadie. De pronto entraron los dos hombres, y uno de ellos cerró rápida y silenciosamente.

Entonces vio a la señorita Westmoreland. Abrió la boca, metió la mano derecha bajo la axila izquierda... y la señorita Westmoreland dio un paso hacia él y le descargó un escalofriante puntapié entre las ingles. El hombre saltó en el aire como un muelle recién soltado, convertido el rostro en una mancha blanca en la que destacaban los

desorbitados ojos. Mientras caía poco menos que desvanecido, Alice efectuó algo parecido a una pirueta de baile, con el brazo derecho extendido y el maletín en la mano, fuertemente asido. El impacto del maletín contra la cabeza del otro hombre, justo sobre la oreja izquierda, se confundió con el sonido del cuerpo del otro al caer. El recién golpeado salió despedido de lado, chocó con el hombro derecho contra la puerta, rebotó y cayó de costado, pero colocándose rápidamente de rodillas y mirando con ojos turbios a la rubia.

Ojos que quedaron en blanco cuando la rubia le propinó un golpe en la barbilla con el pie. La mandíbula crujió, el hombre puso los ojos en blanco y se desplomó como muerto.

Son las ventajas de contar con el factor sorpresa. Los supuestos rusos no habían sabido aprovecharlo, y Alice Westmoreland sí. Se acuclilló junto al hombre golpeado en primer lugar, que estaba removiéndose y jadeando algo, y le golpeó con el canto de la mano en un lado del cuello, abatiéndolo fulminado. Acto seguido, con rapidez y habilidad dignas de la gran profesional que era, la señora Westmoreland registró al hombre: una pistola con silenciador, cigarrillos, una radio de bolsillo, llaves... Nada de billetera, aunque sí dinero suelto.

«El otro debe estar a punto de entrar, o quizá ya ha entrado», recordó la rubia.

Se puso en pie, metiendo en el escote la radio de bolsillo del supuesto ruso. Abrió la puerta del chalé, salió tranquilamente y cerró tras ella. Sabía que el desvanecimiento de los dos rusos podía durar quizá sólo segundos, y que, en cualquier caso, el otro los encontraría pronto y los reanimaría.

Vio al taxista salir del vehículo, sonriente y abrirle la portezuela. Más allá, vio aparecer a Elvis acercándose al automóvil alquilado, pero mirando hacia el chalé que quedaba a su espalda. El taxista seguía sonriendo, relucientes los ojos, recreándose en la contemplación de aquella encantadora muchacha, toda una muñeca.

De pronto la expresión del taxista cambió, y Alice comprendió. Volvió la cabeza, vio al ruso que acababa de salir de la casa y que comenzaba a apuntarla con una pistola y se anticipó a él, disparando un solo tiro con su pequeña pistola. El hombre lanzó un

alarido, dio un salto lanzando al aire su pistola y cayó de espaldas, con ambas manos sujetándose el muslo derecho. Los ojos del taxista se salían de las órbitas. La automática de Elvis había aparecido en la mano de éste. Alice echó a correr en dirección a Elvis, que se metió en el coche y dio el encendido. Ya el motor en marcha, Elvis lo puso en reserva, acercándose a Alice, que seguía corriendo.

En la puerta del chalé apareció uno de los hombres golpeado, todavía tambaleante, pero empuñando su arma. El herido en la pierna se ponía en pie. Unas cuantas palabras en ruso llegaron a oídos de Alice mientras seguía corriendo. El otro hombre golpeado salía también del chalé, dando tumbos, lívido el rostro. El taxista no sabía dónde meterse.

Elvis frenó junto a Alice, ésta abrió la portezuela y se metió dentro, en la parte de atrás. El coche arrancó ahora hacia delante. Vuelta en el asiento, Alice vio a los tres hombres meterse en el coche, dispuestos a iniciar la persecución.

—Oh, no —protestó la preciosa rubia—: ¡persecuciones de coches, no, por favor!

—Mira hacia delante —dijo Elvis.

Alice miró hacia delante, por donde aparecía otro automóvil doblando la esquina de la izquierda, y acercándose.

—No eres precisamente infalible, ¿verdad? —refunfuñó Alice.

—Estaban escondidos, seguramente en garajes de estos chalés —dijo Elvis—: De otro modo los habría visto. Agárrate bien.

Alice apenas tuvo tiempo de hacerlo. Vio venir en otro coche, e incluso vio la cara de susto del conductor cuando Elvis condujo directo a su encuentro. Un susto morrocotudo, que finalmente hizo reaccionar al conductor del otro coche desviándose hacia la derecha. Pareció talmente que el coche fuera a entrar en el chalé: arrancó la valla blanca, se metió en el jardín arrancando arbustos de flores y fue a chocar de morro contra una palmera... mientras el conducido por Elvis North pasaba rugiendo y efectuando una larga y amplia ese múltiple que bamboleo la carrocería sobre los amortiguadores.

Agarrada a la abrazadera de encima de la portezuela Alice vio al primer coche acercándose y, al mismo tiempo, al segundo despegarse de la palmera marcha atrás y rebotando sobre los restos de la valla y los arbustos regresar a la calle.

—Son muy tercos —dijo.

—¿Son rusos?

—Si, claro: Les oí hablar.

—Mal asunto. Pero en fin, habrá que quitárselos de encima.

—No será fácil... a las buenas.

No, no parecía nada fácil a las buenas, pero sucedió algo realmente imprevisto: cuando los dos automóviles perseguidores, lanzados a toda velocidad, se acercaban al cruce que acababan de dejar atrás Elvis y Alice, apareció el camión de mudanzas.

La sorpresa fue mayúscula para todos. Pero mientras el coche conducido por Elvis pasó sin dificultad ni peligro alguno, los otros dos, separados por apenas seis metros uno del otro, se encontraron con el camión en el momento en que éste llegaba al cruce, donde, para espanto de todos, se detuvo con agudo chirriar de frenos.

El primer automóvil perseguidor se estrelló contra el costado izquierdo del camión; el segundo coche se estrelló contra la parte de atrás del primero y los capós de ambos se alzaron, mientras una lluvia de diminutos cristales se unía a la primera. El fragor de cristales rotos, de chapa metálica, de frenazos fue formidable. Dentro de los dos coches perseguidores, los tres ocupantes de uno y los dos del otro formaron un revoltijo de cuerpos humanos.

Cuando se hizo el silencio y comenzaron a oírse voces procedentes de varios chalés, y ayes y gemidos procedentes de los coches siniestrados, el conductor del camión ya había saltado a tierra y corría en pos del coche de Elvis y Alice, haciendo frenéticas señas con los brazos.

La sorprendida Alice dijo:

—Me parece que ese choque no ha sido casual... y que el conductor del camión quiere decirnos algo.

—Que nos telefonee —gruñó Elvis.

—Nos ha ayudado. Quizá sea un amigo. Da marcha atrás.

Elvis frenó y dio marcha atrás, retrocediendo unos cincuenta metros hasta el hombre, que se metió dentro junto a Elvis y jadeó:

—¡Larguémonos de aquí! ¡Maldita sea, creí que los rusos se habían largado!

Se expresó en español, y Alice le habló en el mismo idioma:

—Pues no era así —sonrió—. ¿Qué tal?

—¿Lo habéis conseguido? —se interesó ávidamente el hombre,

sacando un pañuelo y pasándoselo por la cara.

Lo lógico habría sido que Alice preguntase: ¿el qué? También podría haber preguntado quién era el sujeto, de qué los conocía, etcétera. Pero lo que dijo fue:

—Naturalmente.

—Menos mal. Al menos todo ha terminado bien. Pero no se me aclaró que enviarían a una pareja, así que me desconcerté. Esperaba a dos hombres, quizás tres, pero no una pareja.

—Ya ves qué cosas pasan —dijo Alice.

—Oye, tú no eres americana... Tu acento no...

—Soy española.

—¡Ah, española! Claro, por eso no hablas como yo. Nunca he estado en España... No, por ahí no —dijo, mirando a Elvis—. Deja, será mejor que conduzca yo. Casi es de noche, y supongo que no conoces estos parajes. En quince minutos llegaremos a mi casa. Tengo un *whisky* estupendo.

—Magnífico —sonrió Alice—. ¿Verdad, mi amor?

Elvis asintió, detuvo el coche y se apeó, cambiando de lugar con el desconocido, que volvió a mirarlos socarronamente por medio del retrovisor.

—Mira qué bien —rió por fin—, ¡una pareja de tortolitos que se dedica a cosas serias!

Bueno, tal vez podáis aprender algo de mí y yo pueda aprender algo de vosotros. ¿Qué os parece?

—Maravilloso —sonrió de nuevo Alice—. ¿Verdad, mi amor?

—Sí, maravilloso —masculló el señor North.

CAPÍTULO III

—Bueno, ya hemos llegado —se volvió a mirarlos el sujeto—. El sitio es un poco ruinoso y comprometido, pero precisamente aquí pasan tantas cosas que nunca se fijan en mí.

Dejó el coche en un callejón lateral, dejando de lado la concurrida calle donde había varios bares y, al parecer, un club de baile, entre otras cosas. Se apearon los tres, y el sujeto pareció disminuir de tamaño junto a Elvis y Alice. Medía apenas metro sesenta, era moreno, de largos cabellos y mostacho de ufanas guías retorcidas. Vestía un traje blanco que pedía a gritos su pase por la lavandería. Tenía cara de listo, eso sí.

Señaló un portal, se metieron dentro, y a los pocos segundos los tres entraban en un pequeño apartamento del segundo piso; sólo había otro piso más. Las persianas estaban entornadas, pero las ventanas completamente abiertas, de modo que llegaba todo el variopinto rumor de la calle, con risas de algunas mujeres incluidas.

—Bueno, sentaros. Os serviré el *whisky*.

—Estupendo —dijo Alice—. ¿Vives solo aquí?

—Seguro. Cuando quiero algo sólo tengo que asomarme a la ventana, doy un silbido y una de las chicas sube a... Bueno, a hacerme un poco de compañía.

Se echó a reír, y Alice sonrió encantadoramente. Elvis miraba alrededor, inexpresivo; no parecía que pudiera haber allí nada interesante. Estaba claro que el sujeto bigotudo era sólo una pequeña pieza auxiliar del juego.

—Y a propósito —dijo el bigotudo, acercándose con dos vasos, uno en cada mano—, yo soy Heraclio Ferricho. ¿Cómo os llamáis vosotros?

—Yo, Alicia —dijo ésta, tomando un vaso.

—Bonito nombre. —Ferricho tendió el otro vaso a Elvis—. ¿Y tú?

—Yo, Peter Pan.

Ferricho se quedó mirando estupefacto a Elvis, que se había puesto en pie para tomar el vaso con la mano izquierda.

—¿Qué? —exclamó.

—Sí, hombre —dijo Alice—: yo soy Alicia en el País de las Maravillas, y él es Peter Pan. Incluso sabe volar.

—¿Os estáis burlando de mí? —Gruñó Heraclio Ferricho, retorciendo el bigotazo con una muñeca.

Elvis bebió un corto sorbo, y de pronto disparó el puño derecho, en corto y en seco, como quien no quiere la cosa. El puño se hundió, con la potencia de un émbolo, en el estómago de Ferricho, que se dobló sobre sí mismo, como roto, con los ojos casi fuera de las órbitas, y terminó cayendo lentamente de bruces, como a cámara lenta. Quedó encogido y sin sentido en el suelo, de costado tras el rebote.

—Eres un desagradecido —dijo Alice—: él nos ayudó.

—Echemos un vistazo a esta pocilga.

—Ha estado gracioso eso de Peter Pan. ¿Sabes lo que más me sorprende de ti?

—¿Qué?

—Que cuando quieres incluso resultas simpático. Es una lástima que tu carácter... normal sea tan serio. ¡Cielos, qué *whisky* más malo!

—Todo es relativo —encogió los hombros Elvis—. Lo que ocurre es que deberíamos cenar.

El asunto de la cena se resolvió rápidamente, recurriendo a las provisiones que Heraclio Ferricho tenía en el apartamento. Por lo demás, tal como habían supuesto, no encontraron nada que mereciese su interés. Lo único interesante allí era precisamente el bigotudo, que cuando a los pocos minutos se recuperó se encontró solo y tendido en el suelo, con las manos atadas a la espalda, los pies a las manos y una mordaza de esparadrapo que le daría un serio disgusto cuando tuviese que arrancarla, pues seguramente se llevaría parte del bigote.

Alice fue la primera en reaparecer ante él en el recibidor-salita, con un bocadillo de jamón de York en una mano. Le sonrió

amablemente.

—Ah, Heraclio, ¿qué tal, como estás, querido amigo? ¿Me prometes que no gritarás ni harás el idiota si te quito la mordaza?

Ferricho asintió y Alice se acercó a él, dio un tirón arrancando de golpe la mordaza compuesta por varias tiras de esparadrapo, y miró siempre risueña a Heraclio, que tras contener el grito de dolor miraba ahora parte de su bigote adherido al esparadrapo.

—Estamos echando un vistazo por tu guarida, pero no creo que encontremos nada, ¿verdad?

—¿Qué significa esto? —jadeó Ferricho—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Ya te lo dijimos antes. Una cosa quedó bien clara para nosotros: aunque no sabías nuestros nombres, tú nos estabas esperando. Es decir, esperabas a dos o tres hombres que irían al chalé a recoger algo. ¿Qué es lo que tenían que recoger allá esos hombres?

—No lo sé.

—Heraclio, no seas tonto. Se te pondrán los pelos de punta si supieras lo que somos capaces de hacerte Peter Pan y yo si nos haces enfadar.

—¡He dicho que no lo sé! A mí me llamaron desde León, diciendo que unos compañeros vendrían a recoger una cosa al chalé y que debía estar al cuidado por si necesitaban ayuda para cualquier cosa. Así que robé un camión y me fui allá a esperar. Yo creía que los rusos ya se habían marchado, pero al verlos y al comprender la situación pensé que vosotros erais los bananas.

—¿Los qué?

—Los bananas. Bueno, entre nosotros nos llamamos así.

—Ya. ¿Y quienes sois vosotros?

—Pues un grupo que hacemos trabajos.

—¿Qué clase de trabajos?

—Trabajos variados —gruñó Heraclio, desviando la mirada.

—¿Como por ejemplo cargarse al observador de la

O. N. U.?

—¡Yo no fui quien hizo ese trabajo!

—¿Quién fue?

Heraclio permaneció en silencio y con la mirada fija en el suelo. Alice le miró entre incrédula y fastidiada. Lo asió por las axilas, lo

alzó como si fuese de paja y lo tiró sentado no poco incómodamente en un sillón de asiento desfondado. Desde la calle llegaban risas, sonidos de claxon, rumor de gente interminable. Elvis apareció en la salita, se acercó a las persianas, y echó un vistazo al exterior, mientras terminaba su bocadillo apaciblemente. Alice también lo terminó, y aceptó la servilleta de papel que le tendió Elvis.

—Desde luego, no hay nada —dijo Elvis—. Bien, ¿qué dice el pollo?

—No quiere contestar a mis preguntas.

—No me lo creo —frunció el ceño Elvis—: tiene cara de listo.

—Pregúntale tú y te convencerás.

Elvis North asintió, abandonó la salita y reapareció a los pocos segundos empuñando un martillo. De un puntapié colocó otro sillón igualmente viejo y deteriorado junto al que ocupaba Heraclio, y se sentó.

—Dice que esperaba a unos amigos que tenían que recoger en el chalé algo, pero no sabe el qué. Tanto esos amigos como él pertenecen a un grupo que se dedica a hacer trabajos variados, entre ellos el asesinato, y se llaman unos a otros «bananas». Sabe quién mató a Parelsnikov, pero no quiere decirlo.

La negra y fría mirada de Elvis North se posó en los ojos de Ferricho, que tragó saliva. Elvis alzó el martillo sobre la rodilla derecha del bigotudo, y dio un golpecito más bien tímido sobre la rótula. Ferricho respingó y palideció. Elvis le golpeó suavemente en la otra rodilla. Alice comentó:

—No se te ocurra pegarle más fuerte, mi amor: podrías destrozarle los huesos.

—Unos huesos no se rompen tan fácilmente —dijo Elvis—. Ya verás, le voy a golpear un poco más fuerte y él no sentirá...

—Vilches —jadeó Ferricho—. ¡El hombre que se cargó al ruso de la

O. N. U.

se llama Rodrigo Vilches!

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—A estas horas suele estar en el barrio, casi siempre en El Caimán Solitario. Es un bar.

—Ya. ¿Cómo es él?

—Es más alto que yo, viste mejor y tiene cara de chulo. Está

convencido de que es muy guapo.

—Hay que estar satisfecho de uno mismo, Heraclio —dijo Alice—, pues a fin de cuentas cada cual sólo nos tenemos a nosotros mismos. No sé si me has entendido. En cualquier caso, lo que importa es vivir contento con uno mismo. Es que lo contrario es perder el tiempo, ¿sabes? Bueno, ¿qué más puedes decirnos de todo este asunto? Porque la verdad, eso de andar preguntando y preguntando resulta pesado. ¿Por qué no nos lo explicas todo y así ahorramos tiempo y molestias?

—Quizá prefiera unos cuantos martillazos en los testículos —sugirió Elvis.

—No creo —sonrió Alice—. ¿Verdad que no, Heraclio?

—No —masculló éste—. Pero yo no sé nada. Sólo sé que llamaron a Vilches y le dijeron que tenía que ir a tal sitio a esperar a un hombre que llegaría solo...

—Ese tal sitio... ¿es el chalé donde lo mataron?

—Sí, claro. Bueno, Vilches fue allá, esperó a que llegase el sujeto, fue tras él, se metió en la casa y lo mató.

—¿Sin recoger nada? —se sorprendió Alice.

—Sin recoger nada.

—No podemos creernos eso, Heraclio. ¿A ti no te parece absurdo que Vilches no recogiera ya entonces lo que después tienen que recoger dos hombres que han de llegar desde León? A propósito: León, de Nicaragua, se entiende.

—Sí, sí.

—Revaz Parelsnikov pasó por allí —murmuró Elvis—. ¿Por qué no lo mataron allí, por qué esperaron a que llegara a Tegucigalpa?

—Porque cuando se enteraron de que había que matarlo él ya estaba camino de Tegucigalpa.

—Ah. Bueno, explícanos eso de modo que lo entendamos. No es que seamos duros de entendederas, pero nos gustan las cosas bien explicadas. Hay que saber hablar, Heraclio, hay que saber expresarse; de otro modo pareceríamos bestias, ¿no estás de acuerdo?

—Sí —gruñó Ferricho.

—Bueno, pues explícanos bien eso. Veamos: Parelsnikov llega a León, nadie le molesta, pero cuando ya se ha marchado de León se da la orden de su muerte. ¿Por qué? —Por lo que tengo entendido,

ese ruso consiguió contacto con uno de los bananas más importantes y se las arregló para sobornarlo. El banana traidor le facilitó al ruso información, y al ruso se marchó de León... hacia Tegucigalpa, claro, para recoger esa información.

—Información que está en el chalé, pero de la cual lo ignoras todo.

—Exacto.

—Sin embargo, los bananas que tú estabas esperando, los que creías que éramos nosotros, sí saben qué es lo que han de recoger exactamente en el chalé. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—¿Sabes quiénes son y cómo y por dónde van a llegar?

—No me lo dijeron porque el asunto urgía y aún no sabían cómo llegarían aquí, ni cuándo. Lo seguro era que irían al chalé, y por eso yo me fui allá a esperarlos, preparado por si surgía cualquier contingencia molesta.

—Eres muy precavido. ¿Crees que tus amigos bananas irán al chalé, tal como estaba previsto?

—Es de suponer que sí, a menos que hayan visto todo el jaleo y decidan pedir instrucciones o esperar un tiempo prudencial para recoger lo que sea del chalé.

—De acuerdo. Nosotros entendemos que después que vuestro banana traidor llegó a un acuerdo con Parelsnikov, y éste se hubo marchado, fue descubierta su traición, y... convencido de que debía decir a los demás bananas qué le había dicho al observador de la O. N. U..

¿Esto es correcto?

—Sí.

—Entonces todo va encajando. Otra cosa: ¿el banana traidor tiene algo que ver con los propietarios del chalé donde Vilches mató a Parelsnikov?

—Creo que conoce a los propietarios, y sabe que llevan mucho tiempo fuera y sin intenciones de volver por aquí hasta que las cosas se calmen. Así que el banana traidor utilizaba el chalé cuando pasaba por Honduras.

—Y fue entonces cuando escondió allá la información que le vendió al observador de la O. N. U.,

posiblemente a la espera de obtener de ella un buen dinero o bien como... protección o elemento de presión para conseguir cosas del grupo.

—Supongo que fue por algo así. Pero le ha salido la cosa mal: seguro que a ése le han cortado ya los cojones.

—Y hasta posiblemente la banana —rió Alice.

—Me sorprendes —la miró en verdad sorprendido Elvis North—. Esa clase de bromas no son propias de ti.

—Era un chiste tan fácil que no he podido resistirme. En fin, al parecer si queremos esa información debemos encontrar a los bananas con los cuales tú nos has confundido... y que muy posiblemente no desistirán de recogerla en el chalé. ¿Correcto todo, Heraclio?

—Sí.

—¿Sabes quién llamó a Vilches y dónde se le puede encontrar en León?

—No.

—¿Tampoco podemos encontrar a quien te llamó a ti?

—Es la misma persona: uno de los jefes volantes de los bananas. No sé dónde está ahora, ni dónde puede parar en León o en cualquier otra parte.

—Pero sí sabrás su nombre.

—Banana-Tres.

—Oh. Muy original. Bueno, quizá algún día nos encontremos con Banana-Tres. ¿Sabes el nombre del sujeto de León que vendió la información al observador de la O. N. U.?

—Es sólo un banana, como Vilches y como yo. A Vilches lo conozco porque hace tiempo que somos amigos y vivimos cerca uno del otro. Fue Vilches quien me metió en este trabajo, precisamente.

—A ver si nos aclaramos: ¿tú llamas *trabajo* a asesinar personas por encargo? —Cada cual se las arregla como puede en esta puerca vida— gruñó el bigotudo Ferricho.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Elvis—. ¿Conoces el número del teléfono de El Caimán Aburrido?

—Solitario, mi amor, no Aburrido —dijo Alice—. El Caimán Solitario.

—¿Qué más da? ¿Lo conoces, Heraclio?

—Sí, claro.

—Bueno, pues vas a hablar con tu amigo Vilches después que yo te haya marcado el número, y le dirás...

Apenas cinco minutos después de que Ferricho hubiera hablado por teléfono con Rodrigo Vilches sonó la llamada a la puerta del apartamento del primero. Alice Westmoreland fue allá, abrió y se quedó mirando sonriente al recién llegado: alto, esbelto, bien vestido, con carita mezcla de hurón y de muchacho guapo. Se quedó mirando a Alice con expresión hartó reveladora de sus pensamientos, y en seguida sonrió; pareció talmente que sus labios se estuvieran derritiendo.

—Eres Vilches, ¿verdad? —dijo Alice—. Pasa, pasa.

Rodrigo Vilches entró en el apartamento. Vio a su viejo compinche Heraclio sentado de aquel modo tan raro en el sillón, se dio cuenta de la tensión de sus facciones, se percató perfectamente de que Heraclio rehuía cruzar su mirada con la de él...

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó con voz aguda.

Se volvió vivamente a mirar a Alice Westmoreland. Ésta apoyó la boca de su pequeña pistola justo sobre el corazón de Rodrigo Vilches y apretó el gatillo. Vilches abrió la boca, retrocedió un paso, y cayó de espaldas muerto en el acto. Elvis apareció en la salita. —Bueno, vámonos— dijo.

—Cuando quieras, mi amor.

Elvis se acercó a Heraclio mientras sacaba su automática silenciosa. El bigotudo sujeto palideció, su rostro se desencajó.

—No —jadeó—... ¡A mí no, a mí no...!

—¿Por qué no? —se sorprendió Elvis—. Eres tan asesino como Vilches.

—No... A mí no, no me matéis, no me mat...

Plop, disparó Elvis North.

Segundos más tarde la impresionante pareja salía del edificio de tres pisos, enfilaba el callejón y llegaba al coche. Se alejaron en él, como si nada hubiera ocurrido. Veinte minutos más tarde habían dejado el coche estacionado en una avenida amplia que no pudieron identificar. Otros veinte minutos después habían robado otro coche, con el que se dirigieron hacia la zona residencial que tan espectacularmente habían abandonado apenas un par de horas antes.

—Si se enteran de todo el jaleo que se ha organizado ahí, no acudirán —dijo Elvis.

—Pero no tenemos otra pista. Y hablando de pistas, todavía no te he hablado de la tarjeta postal.

—¿Cual tarjeta postal?

—Ésta —la mostró Alice, sacándola del maletín—. Es una bonita vista de un balneario o un hotel en una playa de la isla Contadora. Un sitio encantador.

—Sí, esa isla tiene fama de ser un lugar muy agradable. ¿Qué pone en la tarjeta postal?

—Nada. Es decir, está en blanco salvo las impresiones de imprenta. A ver... Para un momento donde pueda leer todo esto: algunas letras son muy pequeñas.

—¿No estarás perdiendo vista?

—Mi vista es excelente, y estas letras son pequeñas.

—Está bien.

Un minuto más tarde Elvis North detenía el coche, y se quedaba mirando a Alice, que ya bien iluminada la tarjeta postal fue leyendo lo impreso de imprenta:

—Reproducción y distribución exclusiva. Foto Flatau, apartado 391, Panamá, R. P.. Contadora, Isla del Archipiélago de las Perlas, uno de los centros turísticos de Panamá. República de Panamá. Contadora, Island in the Las Perlas Archipiélago, one of the tourist centers of Panamá. Republic Of Panamá. Puente del mundo. Corazón del Universo. The Crossroads of the World... Y hay aquí otras letras igualmente pequeñas que mencionan el *copyright* y todo eso.

Elvis tomó la tarjeta postal, la miró, la remiró, leyó lo mismo que ya le había leído Alice, volvió a mirar y remirar la tarjeta por el anverso y el reverso, y por fin la devolvió a Alice.

—Está bien —farfulló—, ¿por qué la cogiste si no contiene nada escrito ni parece haber señal alguna?

—Es que detrás de ella, en el cristal, había polvo. Tanto polvo, prácticamente, como en el resto de los muebles y cosas de la casa.

—Lo que quiere decir que hacía muy poco que había sido colocada allí.

—Evidentemente. ¿Crees que puede ser lo que los bananas deben recoger?

—¿Por qué no? De todos modos, creo que ahora debemos dedicarnos a los bananas. Si esto es lo que vienen a buscar, nos lo dirán.

—Sí —asintió la preciosa rubia—, si conseguimos echarles la zarpa a esos Banana Boys nos dirán todo lo que sepan. ¡Pero olvidaste el martillo!

—Ya encontraré otra cosa —aseguró Elvis North, poniendo de nuevo en marcha el coche.

CAPÍTULO IV

Pese a estar profundamente dormida, Alice reaccionó al recibir la suave caricia en la barbilla. Abrió los ojos y se quedó mirando a Elvis, que deslizaba la yema de un dedo barbilla arriba, hacia los labios. Ella sonrió, y Elvis la besó suave y brevemente. Luego movió la cabeza hacia el chalé que estaban vigilando desde la máxima distancia posible y sin abandonar el interior del coche robado.

—Puede que no sean los Banana Boys —susurró Elvis—, pero alguien ha llegado ahora mismo, en coche, al chalé.

—O sea, que tú te vas a quedar sin dormir —dijo Alice—, porque tu turno te habría tocado... ¿dentro de cuánto?

—Hace más de una hora que me tocó mi turno.

—¡No has debido dejarme dormir tanto!

—Es que estás bellísima cuando duermes.

—¿Y cuando estoy despierta no?

—Más.

—¡Sigue diciéndome cosas agradables!

—No es el momento. Creo que deberíamos prestar toda nuestra atención a esos dos hombres.

—¿Cómo sabes que son dos?

—Porque acaban de salir del coche ahora mismo —señaló Elvis.

Alice miró hacia allá. El coche se había detenido delante mismo del chalé, sin disimulo alguno, y en efecto, los hombres se habían apeado del vehículo y caminaban ahora hacia la casa. Los vieron llegar al porche, manipular en la puerta, empujarla y entrar. La puerta fue cerrada. La luz del interior de la casa se encendió, iluminando las dos ventanas de la fachada.

—¿Y si fueran rusos?

—¿Con qué objeto harían eso? Para los rusos, esa casa sólo les

sirve de ratonera, así que si ellos mismos entran los ratones no acudirán. De modo que tienen que ser los dos bananas que Ferricho estaba esperando.

—De acuerdo. Pero entonces, ¿dónde están los rusos?

—Después de lo que ocurrió con nosotros deben considerar que la trampa está quemada y que ya nadie vendrá aquí. Y menos que nadie nosotros, de modo que quizá nos estén buscando por todas partes, menos precisamente por aquí. No deben tener demasiados hombres disponibles después de lo de esta mañana, y los que tienen no van a tenerlos aquí perdiendo el tiempo.

—Es posible que sea así. ¿Crees que murió algún ruso?

—Morir, no sé. Pero alguno tuvo que partirse la cabeza.

—¿Por qué no se lo preguntas? —Le tendió Alice la radio requisada a uno de los rusos.

—Ya —la miró escrutadoramente Elvis—. ¿Y qué más debo preguntarles?

—Cualquier cosa que se te ocurra y que nos haga comprender si esos dos son rusos o no.

Elvis asintió, accionó el resorte de la radio y casi enseguida oyó la voz, en español:

—¿Qué?

—Hola —habló en ruso Elvis—. ¿Cómo les fue con el camión? ¿Tienen algún herido?

Hubo un par de segundos de silencio, y Alice y Elvis sonrieron. De nuevo sonó la voz del hombre, pero ahora en ruso:

—Tenemos tres heridos, pero sólo uno de ellos debe permanecer en cama.

¿Usted es el que conducía el coche de la rubia?

—Así es.

—Muy bien, pues le felicitamos. ¿Son americanos?

—Desde luego, pero no de la

C. I. A..

—No me diga.

—Allá usted si lo cree o no, Iván.

—No me llamo Iván.

—¿Qué más da, hombre? A mi puede llamarme John, y estaremos en paz.

—Está bien. ¿Qué es lo que quiere?

—Estamos vigilando el chalé donde murió Parelsnikov. De pronto ha comenzado a arder. ¿Tienen ustedes algo que ver en esto?

—¡Claro que no! ¿De modo que están ahí? Escuche, John, le voy a hacer una oferta que...

—Escúcheme usted, Iván: mantengan su radio particular en la misma onda, por si tengo que llamarles de nuevo. ¿Me comprende? Evidentemente, todo el personal ruso en esta zona ha cambiado la onda de su radio, menos usted, precisamente por si nosotros llamábamos. Ha sido una buena medida. Manténgala.

—Sí, por supuesto. En cuanto a mi oferta...

—Adiós, Iván. —Elvis cerró la radio y la devolvió a Alice, que sonreía divertida—. Bueno, ya ves que ellos no están por aquí: no se habrían sobresaltado al oír que el chalé estaba ardiendo, sino que se habrían quedado mudos por el desconcierto.

—O sea, que esos dos hombres son los bananas.

Elvis asintió, murmurando:

—Si no salen antes de un minuto iremos a por ellos, pues los rusos ya deben estar viniendo a toda prisa.

Pero no tuvieron que esperar ni siquiera un minuto. Los dos hombres salieron al poco de haber hablado Elvis y se encaminaron hacia el coche, mirando con recelo a todos lados. Al llegar junto a su coche se volvieron a mirar la casa, y uno de ellos dijo algo; el otro movió negativamente la cabeza.

—Uno dice que deberían buscar la cosa más a fondo —susurró Alice— y el otro dice que si no está donde les dijeron es que se la ha llevado alguien..., y que deben largarse de aquí a toda prisa.

—Pues es cierto que tienes muy buena vista; yo no consigo ver sus labios desde aquí.

—Yo tampoco. Es una simple cuestión de adivinación basada en la lógica.

—Ah.

El coche con los dos sujetos dentro partió. Segundos después Elvis se colocaba tras ellos a cierta distancia, con las luces apagadas. Era correr el riesgo de toparse con alguna patrulla o un grupo de guerrilleros, pero si encendían las luces de su coche los dos sujetos se darían cuenta de que los estaban siguiendo, eso era seguro.

Tardaron muy poco en comprender que los dos sujetos no se

dirigían a Tegucigalpa; es decir, que su meta no era esta ciudad. Continuaron hacia el Sur, y Alice murmuró:

—Creo que deberías dormir un rato.

Elvis asintió, detuvo el coche y pasó al asiento de atrás, donde se tendió y quedó dormido. Alice quedó al volante, encargada de la persecución.

* * *

—Me parece que ya hemos llegado —dijo Alice.

El señor North, que en efecto estaba durmiendo, simplemente abrió los ojos y, sin moverse, preguntó:

—¿Qué?

—Que ya hemos llegado. Pero sigue ahí tendido, porque temo que se han dado cuenta de que les han seguido. He tenido que encender las luces, no he podido evitarlo.

—¿Dónde estamos?

—En Choluteca, cerca de un embarcadero.

—Choluteca. Eso son cien kilómetros desde Tegucigalpa. Vaya, todo un viajecito. ¿Qué hora es?

—Las cuatro. Los dos bananas están hablando con un sujeto que ha saltado al embarcadero desde una lancha; evidentemente, los estaba esperando. Pero no van hacia la lancha, siguen conversando. Supongo que están concertando el mejor modo de cazarme. Los tenemos a menos de cincuenta metros. No, no se trata de cazarme, al parecer, porque están señalando hacia la lancha. Ahora se van los tres hacia allá.

Elvis North se sentó y vio a los tres hombres de espaldas, caminando hacia el cercano embarcadero. Las aguas del río Choluteca parecían de terciopelo en su deslizarse por el estuario hacia el cercano mar, cuyas aguas saladas ya se percibían allí. No había nadie más en aquel embarcadero, aunque sí en otros puntos, donde ya se ajetreaba mucha gente.

Los tres hombres saltaron a una lancha, se metieron dentro, y eso fue todo.

Alice Westmoreland se echó a reír.

—¡Son astutísimos! —exclamó.

—Pues se van a quedar con las ganas de que vayas a la lancha a

ver si consigues oír lo que estén hablando. Seré yo quien irá.

—¿Por qué correr riesgos? Ellos saben que les ha estado siguiendo una mujer, no han visto a nadie más. Todo lo que tengo que hacer es retroceder con el coche para dejarlo en cualquier sitio y abordar audazmente esa lancha. Si lo hacemos de otro modo las cosas se complicarán, pues ellos están sobre aviso de que algo no les está funcionando bien, y si no voy sola empezarán a disparar. Demasiado escándalo para nuestras conveniencias. Si tienes ganas de discutir discutiremos, pero sabes que tengo razón. —Está bien, haremos eso.

El hombre de la lancha que había recibido a los otros dos y había entrado con éstos en la cabina, había salido acto seguido de ésta por la portilla de proa, y se había deslizado por la cubierta hasta ocupar una posición satisfactoria.

Tendido en la cubierta, en la parte de sombras, vio cómo el coche de la rubia retrocedía, se detenía a cierta distancia y las luces se apagaban. Luego vio salir a la mujer, que comenzó a acercarse indecisa hacia el embarcadero, por supuesto en dirección a su lancha.

Un minuto más tarde, tras quitarse los zapatos de tacón y dejarlos en el borde del embarcadero, la hermosa muchacha rubia se deslizaba silenciosamente a la cubierta de la lancha, acercándose a la puerta que comunicaba con la cabina vivienda. Se detuvo allí y aplicó un oído a la madera. A menos de un metro de ella, el hombre tendido en el suelo, ahora oculto completamente a cualquier mirada casual de la rubia, sonrió irónicamente, luego se puso en pie con gran sigilo y, de pronto, de una zancada se colocó detrás de la muchacha y le clavó la boca de su pistola con silenciador en los riñones.

—Quietecita, nena —susurró—, o le ventilo los riñones.

Alice Westmoreland, que había respingado, quedó completamente inmóvil. Y no se movió ni siquiera cuando el hombre pasó el brazo izquierdo bajo su axila de este lado y palpó el pecho y el bajo vientre en busca de armas, que no encontró.

—Empuje la puerta y entre: la están esperando.

Alice entró en la reducida cabina vivienda de la lancha. Había un diminuto saloncito que servía también de comedor y de dormitorio con dos literas. Más hacia proa, otro pequeño camarote

tenía dos o tres literas más. Las cortinillas estaban corridas y la luz tenía un tono lívido allá dentro. Los dos hombres, que eran muy morenos, parecían de color violáceo. Ambos la miraron en silencio unos segundos, como queriendo adivinar muchas cosas antes de hacer ninguna pregunta.

—Nos ha estado usted siguiendo desde Tegucigalpa —dijo de pronto uno de ellos—. ¿Por qué? ¿Quién es usted?

—Soy Alicia, una amiga de Heraclio.

—¿Y quién es Heraclio?

—Es uno de los nuestros —dijo el de la lancha—. Vive en Tegucigalpa y suele operar en esa zona. Le conozco bien, pero no a ella. Nunca la he visto antes, ni con Heraclio ni con nadie. Y no es de aquí.

—De eso ya nos hemos dado cuenta nosotros —gruñó el otro banana—. Usted es norteamericana, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Alice—, pero soy amiga de Heraclio. Fue él quien me envió al chalé para esperarlos a ustedes, porque teme que le están vigilando, y me pidió ese favor por teléfono.

—¿De modo que ya nos vio en el chalé y nos está siguiendo desde entonces?

—Sí.

—¿Y por qué seguimos? ¿Por qué no ha hecho contacto?

—Quería asegurarme de que no trabajaban con los yanquis o con los rusos. Sobre todo los rusos andan por aquí removiendo todo, así que cuando los vi quise asegurarme. ¿Encontraron lo que han venido a buscar al chalé?

Los tres hombres la miraban fijamente. Había en sus mentes una lógica resistencia a admitir que la rubia Alice estuviera diciendo la verdad; pero al mismo tiempo sus mentes se resistían a admitir que aquella encantadora muchacha tuviera agallas, talento y sangre fría para meterse en aquella situación con un montón de mentiras por todo equipaje.

—¿Qué hemos venido a buscar al chalé? —preguntó uno de los bananas.

—Ah, eso ustedes sabrán —abrió mucho los ojos Alice.

Los otros dos quedaron de nuevo en silencio. El de la lancha preguntó:

—¿Puedo comunicarme con Heraclio de algún modo?

—Que yo sepa, no, antes de las diez de la mañana. A esa hora creo que tiene una cita con Vilches en el apartamento de éste. Desde allí quedamos que Heraclio me llamaría a mi apartamento, para saber cómo había ido lo de ustedes.

El de la lancha frunció el ceño, y encogió los hombros.

—Si nos está mintiendo —dijo— lo hace muy bien y sabe demasiado. Lo que sería preocupante. Es más, si ella está mintiendo es posible que en estos momentos alguien esté tomando medidas para atacarnos. Sugiero que zarpemos inmediatamente, sin dar tiempo a nadie a que tome cualquier iniciativa.

—A nosotros no nos hace gracia quedarnos —masculló uno de los bananeros—, pero hemos venido a buscar algo aquí, y regresar sin ello nos hace menos gracia todavía.

—Pero si la tarjeta postal no estaba donde os dijeron significa...

—¿Tarjeta postal? —exclamó Alice—. ¿Están buscando una postal?

—¿Qué sabe usted de eso? —La miraron vivamente los bananeros.

—Bueno, yo tengo una tarjeta postal que me regaló Heraclio. Dijo que se la había visto a Vilches y que se la pidió para mí, porque sabe que me gustan mucho todas esas cosas de viajes.

—¿De dónde es esa postal?

—De la isla Contadora. ¡Hay una playa preciosa!

—Vilches es el que se encargó del ruso en el chalé, ¿no? —susurró el de la lancha.

Los otros dos asintieron, siempre mirando fijamente a Alicia. Uno de ellos, el más joven y aceptablemente atractivo, sonrió de pronto amablemente.

—¿Tienes todavía esa postal, Alicia? —inquirió.

—Claro. Está en el coche. Pero no hay nada escrito en ella, así que sí esperaréis un mensaje o algo que...

—Le echaremos un vistazo. Bueno, nos habías preocupado, pero ya vemos que realmente eres del grupo. Ese granuja de Heraclio sabe elegir mujeres, sin duda. Es decir, si hemos entendido bien que te acuestas con él, claro.

—Lo he hecho un par de veces —encogió los hombros Alice—. Las cosas no van siempre lo bien que una quisiera.

—Te comprendemos. Bien, yo soy Abelardo y éste es Julio. Nuestro amigo de Choluteca es Afanasio. Y ahora hablemos de esa

postal. ¿Qué te parece si tú y yo vamos a buscarla al coche?

—De acuerdo. Pero ya os digo que no hay nada escrito, así que no entiendo para qué la queréis. ¿Habéis venido desde León en busca de esa tarjeta?

—Ya ves qué cosas pasan —sonrió Abelardo—. Se me está ocurriendo algo mejor: yo iré a por esa tarjeta y tú te quedarás aquí. ¿Dónde está?

—En mi maletín de viaje. Lo llevo siempre, igual que otras mujeres llevan bolso...

¡Una nunca sabe adónde va a ir a parar al día siguiente!

—Es una precaución muy inteligente. Bien, ya vuelvo.

Abelardo salió. Julio señaló la litera desplegada en la que estaba sentado, y Alicia se sentó junto a él, aceptando el cigarrillo que le ofreció.

—¿Y qué haréis ahora? —preguntó Alice, ya fumando—. ¿Regresaréis a León con la tarjeta postal?

—Debemos entregársela a alguien —dijo Julio.

—Pero ¿a alguien de León?

—Tal vez. ¿Por qué insistes tanto en saber si vamos o no a León?

—Bueno —sonrió Alice—, es que si vais a Contadora me gustaría ir con vosotros y pasar allá unos cuantos días. O el tiempo que pueda. Os aseguro que soy una compañía agradable, cuando estoy a gusto.

—Tal vez sí vayamos a Contadora —sonrió más ampliamente Julio.

—Nada de eso —gruñó Afanasio—. ¡Hay mil millas de aquí a Contadora, y ése no fue el servicio que se me ordenó!

—¿Te quieres callar, idiota? —Gruñó Julio.

Afanasio adoptó una expresión hosca, y permaneció callado. Julio se acercó más a Alice, y le pasó una mano por la cintura, apretándola codiciosamente.

—Si yo te prometiese llevarte unos cuantos días a Contadora, ¿estarías a gusto conmigo?

—Ya lo creo —sonrió Alice prometedoramente.

—Espléndido... ¡Espléndido!

Con la otra mano, Julio acarició los pechos de Alice, que no perdió su sonrisa. Afanasio miraba la escena con ojos turbios por el enfado pero, aunque lentamente, su astucia se iba poniendo al nivel

de la de Julio: sólo tenían que decirle a Alicia que harían lo que ella quisiera, zarpar con ella, tirársela los tres durante el viaje hacia León, y ya cerca de aquí llamar por la radio para pedir instrucciones sobre la muchacha; si les decían que la conservaran con ellos, bien; si les decían que la mataran y la arrojaran al mar, bien. ¡Pero ya se habrían divertido!

—Sí —dijo por fin Afanasio—, ¡espléndido!

Se acercó, y también tocó los pechos a Alice, que le dirigió una mirada irónica.

—¿No sabes guardar turno, manazas? —preguntó.

Julio se echó a reír. Afanasio también rió, toco de nuevo los senos magníficos de la rubia y acto seguido hizo un gesto obsceno que le causó a él mismo no poca gracia.

La puerta de la cabina se abrió y apareció Elvis North pistola en mano. No se inmutó al ver la escena de los dos hombres acosando a Alice, que lo miró sonriendo deliciosamente, mientras Julio y Afanasio palidecían.

—¿Algún problema con Abelardo, mi amor? —preguntó Alice.

—Ninguno. Ahora iré a buscarlo. ¿Todo bien aquí?

—Desde luego que sí.

Con rápido y elegante gesto, Alice Westmoreland le quitó a Julio la pistola que llevaba en la funda axilar y, sin más, con la misma pistola, le golpeó en la frente, derribándolo sin sentido de espaldas y cruzado sobre la litera. Alice se puso en pie, observada con fascinado espanto por Afanasio, que se encogió instintivamente, protegiéndose la cabeza con los brazos.

El puntapié de Alice, tremendo, le alcanzó de lleno en los testículos. Afanasio saltó, lívido como un muerto, y rodó desvanecido por el sucio suelo.

—Esto por manazas —dijo Alice Westmoreland.

CAPÍTULO V

La situación no podía estar más clara: la preciosa muchacha rubia los había engañado y contaba con la ayuda del impresionante sujeto llamado Elvis, el cual, tras romperle la cabeza a Abelardo de un trazo y abordar la lancha para cambiar la situación a favor de Alice, había regresado al coche, se había cargado en un hombro al desvanecido Abelardo y lo había llevado a la lancha. Ahora ésta se hallaba mar adentro, había salido el sol prometiendo un día hermosísimo, y Abelardo, Julio y Afanasio estaban tirados de cualquier modo en la cubierta, atados con indestructible eficacia de pies y manos. El inescrutable Elvis pilotaba la lancha, y la encantadora Alice estaba junto a los tres prisioneros, esperando la respuesta a su pregunta:

—¿Quién va a hablar de los tres para decirnos todo lo que Elvis y yo queremos saber?

Ninguno de los tres contestó, pero la situación estaba bien clara: o complacían a la fascinante pareja o se iban de cabeza al mar atados tal como estaban de pies y manos. Ni siquiera había hecho falta que Elvis o Alice lo dijeran para que los tres bananas lo comprendieran. Era muy fácil, muy simple.

—¿Qué es lo que quieren saber? —Gruñó por fin Julio.

—¿Quién les envió a recoger la tarjeta postal?

—Banana-Tres.

—¡Ah, nuestro viejo conocido Banana-Tres! Estupendo, estupendo. ¿Dónde podemos encontrarlo? ¿En León?

—Sí.

—¿Dónde, de León?

—Tiene una villa en la zona residencial Los Galápagos, en la costa, al sur de la ciudad. La villa se llama Girasol.

—Si sabéis eso sabéis también su nombre, supongo. Es que eso de Banana-Tres me parece ridículo, ¿comprendes?

—Wilson Hernández.

—Wilson Hernández —repitió como maravillada Alice—. Suena bien. Supongo que si le conocéis tan a fondo es porque sois sus hombres de más confianza. ¿Acierto?

—Sí.

—El señor Hernández se fía de cualquiera —movió la cabeza Alice, con gesto reprobativo—. De acuerdo, hablemos ahora de la tarjeta postal. ¿Qué interés tiene para el señor Hernández, alias Banana-Tres?

—No lo sabemos.

—No me hagas enfadar, Julio —sonrió gélidamente Alice.

—¡Te digo que no lo sé! El nos dijo que encontraríamos la tarjeta postal donde la había dejado mijares, y que debíamos recogerla y llevársela a la villa.

—¿Quién es Mijares? ¿El banana que vendió la información al ruso?

—Sí. Florencio Mijares. Hacía tiempo que tenía la tarjeta postal, y es claro que no iba a llevarla encima, y ningún sitio le parecía seguro, hasta que se acordó de ese chalé de unos amigos suyos que están en Estados Unidos. Entonces la dejó allí, a la espera de tomar una decisión. No sé cómo se pondría en contacto con alguien que avisó al observador de la

O. N. U.,

y todo eso.

—Ya sabemos esa parte —asintió Alice—. Bueno, ya que no estamos en condiciones de desvelar el misterio de la tarjeta postal, quizá tú puedas decirnos qué es lo que el señor Hernández teme de ella. ¿Qué es lo que está haciendo el señor Hernández, a qué se dedica?

—No sé. Nosotros trabajamos para él, pero no sabemos para quién trabaja él.

—Es decir, que hay alguien por encima del señor Wilson Hernández.

—Desde luego.

—¿Y no se os ocurre quién puede ser ese alguien y r qué puede dedicarse?

—No.

—¿Sabéis si el señor Hernández tiene amigos en la isla Contadora?

—No lo sabemos.

—¿Qué clase de amigos tiene el señor Hernández?

—Bueno, de todas clases... De todas. Tiene muchos amigos, dentro y fuera del país. Muchos.

—Muchos —murmuró Alice, mientras asentía lentamente; luego sacó la postal de la isla Contadora del interior del maletín, y se quedó mirándola a la luz del espléndido sol matinal, casi recién salido—. Sí, tal vez tenga amigos en la isla Contadora, pero no creo que aparezcan en esta postal. En cualquier caso, es evidente que esta tarjeta contiene un mensaje, de modo que lo entregaremos a personal adecuado para que se encargue de descifrarlo. ¿Qué tal funciona la radio de esta lancha, amigo Afanasio?

—Funciona bien —farfulló éste.

—Bueno, lo voy a comprobar en seguida, cambiando la onda para llamar a unos amigos... Aunque quizá sea mejor que espere a más tarde, cuando estemos cerca de León y por tanto de Managua. ¿A qué hora calculas que estaremos a la altura de León?

—Hacia las diez de la mañana.

Alice asintió, se puso en pie y se acercó a los mandos. Elvis la miró, le dio un beso en la boca, dejó los mandos y se tendió sobre la cubierta, boca arriba, quedando dormido casi al instante. Los tres prisioneros lo miraban con ojos desorbitados. Alice, que los miraba socarronamente, soltó una deliciosa carcajada. El aire de la marcha agitaba sus largos cabellos rubios como si fuesen una bandera. A su izquierda, apenas se veía el perfil de la costa, pues navegaban muy mar adentro.

* * *

El helicóptero apareció hacia las nueve y media de la mañana, cuando ya Elvis North había despertado y se había hecho cargo de los mandos, a fin de que Alice pudiera manipular en la radio. Resultado de esta manipulación fue, precisamente, la aparición del helicóptero, que se colocó sobre la lancha y voló a su velocidad. Una escala de cuerda descendió desde el aparato, y por la escala de

cuerda tres hombres, todos ellos jóvenes, atléticos, fuertes, con una pistola bajo sus bien cortadas chaquetas.

No hubo ni siquiera una sola palabra que pudiera orientar a los tres prisioneros sobre lo que sucedía. Simplemente, después que los tres hombres hubieron abordado la lancha y uno de ellos se hubo hecho cargo de los mandos, Elvis y Alice treparon por la escala de cuerda, desaparecieron en el interior del helicóptero, y éste emprendió el vuelo hacia la costa.

Uno de los hombres procedentes del helicóptero se acucilló ante los prisioneros, y dijo:

—No sabéis la suerte que habéis tenido. Pero os lo diré bien claro: si intentáis cualquier treta, o luego ellos regresan diciendo que les habéis mentido respecto a esa villa llamada Girasol, os cortaremos las orejas y os tiraremos al mar. ¿Tenéis algo que decir?

Ni Abelardo, ni Julio ni Afanasio tenían nada que decir. El atleta rubiales asintió, terminó por sentarse en la cubierta y encendió un cigarrillo. Su compañero le imitó.

Luego comentó:

—Estarán allá en cuestión de minutos.

En el helicóptero, Elvis y Alice examinaban el mapa que les había facilitado el piloto, quien al mismo tiempo les fue dando indicaciones, de modo que situaron bien pronto la zona de la costa donde estaba la zona residencial Los Galápagos. Conseguido esto, y tras un último estudio de un plano de carreteras que no presentaba problema alguno, Elvis dijo:

—Lo mejor sería que nos dejaran en Chinandega, y conseguir allá un automóvil con el que presentarnos en León. No vamos a presentarnos en esa villa en helicóptero, ¿verdad? Sería demasiado llamativo.

—Lo hagamos como lo hagamos tú y yo siempre llamaremos la atención —dijo con tono resignado Alice—. Pero precisamente eso es lo que hemos de decidir: ¿cómo abordamos al señor Hernández? ¿A las buenas o a las malas?

—Se cazan más moscas con miel que con vinagre —dijo Elvis, mirándola con socarronería.

—Eso dicen.

—Sí, eso dicen. ¿Tal vez tienes alguna idea respecto a nuestras futuras relaciones con el señor Hernández?

—Digamos que, en principio, eso de apearnos de este pájaro de hierro en Chinandega —el piloto soltó una carcajada que hizo sonreír a Alice— me parece acertadísimo. Y lo de conseguir allá un coche para llegarnos a León, también.

—Fantástico. Eso significa que de cuando en cuando tengo algunas buenas ideas.

Y ya que las mías están aprobadas, ¿qué me dices de las tuyas? ¿En qué consisten?

—Pues en cazar moscas con miel —sonrió deliciosamente Alice Westmoreland.

* * *

Por supuesto, no se podía decir que Wilson Hernández se pareciera a una mosca, pero estaba bien claro que le gustaba lo dulce: en el momento en que uno de sus hombres de vigilancia en la villa fue a decirle que tenía una visita, el señor Hernández estaba haciendo el amor con una preciosa jovencita de largos cabellos negros y ondulados que le seguía la corriente y simulaba estar gozando ella también como una loca... lo que divertía enormemente a las cinco muchachas parecidas a la protagonista que presenciaban la escena tumbadas aquí y allá en la zona privada junto a la piscina; claro está, todas ellas desnudas, como el propio señor Hernández.

¿Que cómo se las arreglaba el señor Hernández para tener su pequeño harén de seis jovencitas que eran otros tantos bombones? Esto lo adivina cualquiera: dinero. El dios dólar. El señor Hernández, cuya procedencia era más bien raquíta, se las había sabido ingeniar para, finalmente, hacerse con un buen puñado de dinero y un... trabajo que seguía produciéndole formidables rentas.

¿Y qué era lo primero que había hecho el señor Hernández en cuanto tuvo dinero? Pues comprarse la villa y seis preciosas muchachas que estaban siempre a su disposición para todo. ¿Qué más podía pedir? Tras muchas reflexiones, Hernández había llegado a la conclusión de que no se podía pedir más: buena comida, hermosas mujeres, una vida descansada... ¿Más? No para él. Ya tenía suficiente. Pero claro, para seguir teniendo y manteniendo todo esto el señor Hernández tenía, a su vez, que estar al servicio de

quienes sí querían más que él. Mucho más. Y al respecto, a Wilson Hernández sólo se le ocurría una cosa: ojalá sus amos consiguiesen lo que querían, porque así era seguro que estarían contentos y seguirían financiando su vida de chicas, sol y buenas comidas...

El vigilante de la villa, sin duda hombre de confianza de Wilson Hernández para entrar así en el recinto prohibido, sin más y sin avisar, masculló algo al ver a su jefe en tan dulce actividad, dio la vuelta, y salió, seguido de una ristra de juveniles carcajadas femeninas.

Estas carcajadas sí las oyó perfectamente Wilson Hernández, pero no le importó en absoluto; entre bufidos propios y suspiros de la muchacha que acababa de complacerle, terminó su tercer viaje de placer de aquella soleada mañana, rodó hacia un lado sobre la hierba y se quedó panza arriba como un sapo ahogado, cerrados los ojos. La muchacha complaciente se sentó sobre la gruesa toalla y, como las demás, se quedó mirándolo procurando que en su expresión no se trasluciera demasiado la repugnancia.

Y es que, todo hay que decirlo, el señor Hernández no era precisamente guapo, sino todo lo contrario: bajo, gordo como un huevo, con una cabeza que parecía una sandía con diminutos ojos negros pintados, boca enorme, y por cabellera una especie de áspero estropajo negro; tenía que añadir a esto sus cincuenta años que, como ya se habrá comprendido, no habían sido amables hasta que se hizo rico, motivo por el que ahora se desquitaba.

—Wilson —dijo de pronto una de las chicas—. Braulio quiere decirle algo. Está afuera esperando.

Pareció que Hernández no hubiese oído. Pero sí. Suspiró, se sentó sobre la hierba, desnudo como un mono viejo, miró a la muchacha que le había hecho sentirse hombre y le guiñó un ojo. Acto seguido llamó:

—¡Braulio!

Braulio entró de nuevo en el reducto privado, que consistía en una cerca de ramaje colocada en un lado de la piscina, y dentro de la cual Wilson Hernández podía retozar con sus chicas sin ser visto por sus empleados..., a menos que éstos mirasen por intersticios del ramaje, cosa que solían hacer siempre que podían.

—Patrón, siento molestarle, pero... —empezó Braulio.

—Bueno, vale. ¿Qué pasa?

—Tiene visita. Un hombre y una mujer. La mujer es la más hermosa que he visto en mi vida.

Inmediatamente Braulio se arrepintió de haber dicho esto, porque Wilson Hernández le dirigió una mirada cargada de furia. ¿Cómo podía admitirse que la mujer «más hermosa» no estuviese en su harén?

—Y el hombre es acojonante —se apresuró a añadir Braulio.

—¿Qué quieres decir con eso? —Gruñó Wilson.

—Pues que es especial. No es corriente. Ni ella. Bueno, nunca ha visto nada igual, la verdad, patrón.

—Ya. ¿Y qué quieren?

—Hablar con usted personalmente. Dicen que es muy importante, que se relaciona con un observador.

En los pequeños ojos de Hernández hubo un veloz parpadeo. Acto seguido asintió, y dijo:

—Tráelos aquí.

—¿Aquí?

—Sí, aquí —rió de pronto Wilson—. Si el hombre es tan... especial quiero que lo vean mis chicas, para que disfruten aunque sólo sea visualmente. Y de paso yo disfrutaré con la mujer. Tráelos.

Braulio salió del reducto, y Wilson, tras bostezar, volvió a tenderse sobre la hierba. Le gustaban estas cosas: iba a recibir en pelota viva a sus visitantes, y así se divertía viendo sus expresiones. Además, les haría esperar, simulando haberse dormido. Sí, eso iba a hacer. Jocosos en verdad.

No tardó mucho en oír a Braulio y a los visitantes. Braulio anunció la visita, pero Hernández emitió un ronquido que hizo reír a sus chicas, y simuló seguir dormido, haciendo lo posible por no sonreír con guasa. Pasaron varios segundos, y Hernández comenzó a sorprenderse por el hecho de que Braulio no insistiera en llamarlo. No oía nada. Aquel reducto junto a la piscina ocupaba un pequeño rincón de su villa Girasol al cual no llegaba ruido alguno. Un pequeño paraíso en uno de los parajes más bellos del mundo, en una playa nicaragüense. ¡Ah, el dinero...!

La bofetada fue tremenda.

Sonora, fortísima, perfecta, exacta, fastuosa.

Alcanzó a Wilson en plena mejilla izquierda, sonó como un pistoletazo y llenó de zumbidos la orejota del gordo vicioso, que

lanzó un berrido y se sentó de un salto, casi mareado. El silbido era tremendo, la cabeza le daba vueltas, y de su ojo izquierdo brotaron unas lágrimas de dolor. Pero, con el otro ojo, Wilson vio perfectamente a la muchacha rubia que estaba elegantemente sentada de costado junto a él, con las piernas dobladas bajo el cuerpo.

Era de tal belleza que Wilson quedó atónito en verdad. Durante unos segundos, pasmado, la estuvo mirando. Luego, reaccionando, vio a sus chicas como asustadas, muy quietas, como temiendo algo. Un poco más allá, un sujeto que hacía dos como él de alto y mil veces como él de guapo e impresionante, estaba sentado en la hierba fumando un cigarrillo, con una expresión plácida como la mismísima Felicidad Total.

Por último y de pronto, Wilson volvió a mirar a la hermosísima rubia que a su vez le contemplaba con los más radiantes ojos azules que Wilson Hernández había visto en su vida.

—Gracias por recibarnos, señor Hernández —dijo la rubia, en español impecable.

—¿Qué significa esto? —bramó Wilson—. ¡Usted me ha golpeado!

—¿Yo? Ah, bueno, se refiere a eso... Verá, tenía usted una mosca enorme y de color verde en la mejilla, y le vi durmiendo tan dulcemente que decidí alejarla para que no le molestase. Y lo he conseguido: ¡la mosca se fue a molestar a otro!

Las chicas de Hernández se mordieron los labios para no reír; el impresionante sujeto de los ojos negrísimos volvió éstos hacia Wilson, que sintió como un ramalazo de frío en la espalda.

—Tatiana es siempre muy servicial —dijo también en perfecto español el sujeto impresionante—. Yo soy Boris. Somos ambos amigos de Revaz Parelsnikov.

Wilson efectuó uno de aquellos rapidísimos parpadeos de mono perplejo, miró velozmente de Tatiana a Boris y viceversa, y luego miró hoscamente hacia sus chicas.

—Id a la casa —gruñó.

—A nosotros no nos molestan —dijo Boris—. ¿Verdad, Tatiana?

—Claro que no —sonrió la rubia—. ¡Son encantadoras! ¿Hijas tuyas tal vez, señor Hernández?

Dos de las chicas rieron. Inmediatamente se apresuraron a

envolverse en sus toallas y a salir a toda prisa del reducto privado, seguidas por las demás. Wilson tuvo consciencia súbita de su ridícula desnudez, y se envolvió la barrigota con una toalla.

—¿Y quién es ese Parelsnikov? —preguntó de repente.

—Un observador de la

O. N. U.,

ruso, amigo de Florencio Mijares y nuestro. Tal vez sepa usted, señor Hernández, que mataron a Parelsnikov.

—No, no sé nada de eso. Y no entiendo por qué han venido ustedes a hablarme de ello.

—Hemos venido porque antes de morir, cuando nos llamó por teléfono a cierto sitio de Tegucigalpa, Parelsnikov nos dijo que había conseguido una cosa muy interesante gracias a un sujeto llamado Florencio Mijares, de León, en Nicaragua. Cuando fuimos a ver a Parelsnikov al chalé cerca de Tegucigalpa lo encontramos muerto, pero la postal estaba allí, en la cocina, así que la agarramos y nos marchamos. Posteriormente, con todas las precauciones hemos viajado hasta León, y allá hemos ido a visitar a Florencio Mijares. No está en su apartamento y nadie sabe dónde para, pero alguien nos dijo que trabajaba para el señor Wilson Hernández, que vive en Los Galápagos, en una hermosa finca llamada Girasol. ¿Es usted ese señor Hernández?

—Naturalmente —gruñó Wilson.

—Perfecto —aprobó Boris—. Entonces, aquí tiene la tarjeta postal, y a ver si le sacamos partido.

Boris le tendió la tarjeta a Wilson, que no se creía lo que estaba viendo. Tanto él como sus amos estaban temblando por el paradero de aquella tarjeta, y ahora, cuando sabía que incluso a Julio y Abelardo tenía que haberles ocurrido algo puesto que no habían llamado, aparecían dos rusos y le ofrecían la tarjeta. ¡Dos rusos, dos amigos del asesinado Parelsnikov!

Tomó cuidadosamente la tarjeta, miró la escena playera y asintió: era la que le había dicho el maldito traidor de Mijares, la que contenía aquella información que había vendido al observador de la

O. N. U..

¡Cielos, era increíble! La

C. I. A.

y la

K. G. B.,

entre otros, debían estar removiendo cielo y tierra intentando aclarar el asesinato de Parelsnikov, él y sus jefes estaban muriendo de miedo por la posibilidad de que encontrasen la tarjeta... ¡y ahora dos rusos se la ponían en las manos!

—¿Qué pasa? —se interesó un poco inquieta Tatiana—. ¿Algo va mal, señor Hernández?

—No entiendo por qué me traen esta tarjeta a mi —murmuró Wilson, tomándose el placer de mirar fijamente los ojos de Tatiana.

—¡Cómo que no lo entiende! —exclamó Tatiana, sorprendidísima—. Oiga, señor Hernández, Parelsnikov nos dijo que con esta tarjeta él y nosotros dos podíamos hacernos ricos, pero a él lo mataron y nosotros no sabemos qué tiene que ver esta tarjeta con nuestra riqueza. Así que hemos ido a ver a ese Florencio Mijares, y al no encontrarlo hemos recurrido a usted, su jefe, pensando que o bien sabe dónde está, o bien lógicamente sabe de qué va este asunto. Nosotros no tenemos inconveniente en hacer un reparto, ¿comprende?

—Sí, comprendo.

—¿Y bien?

—Bueno, hay algo que no comprendo. Ese Parelsnikov era un observador de la

O. N. U.,

¿lo sabían ustedes?

—Claro. Andaba por aquí tomando notas sobre todos estos jaleos que tienen ustedes entre sí y unos contra otros. Pero eso no tiene nada que ver con sus intenciones: nos dijo bien claramente que con lo que había conseguido quería hacerse rico de una maldita vez, y al demonio Centroamérica, la

O. N. U.,

y el resto del mundo. Por eso nos llamó, por eso nos citó en Tegucigalpa: quería que le ayudásemos, pues había cosas que él no podría hacer personalmente.

—De modo —susurró Wilson— que Parelsnikov se disponía a traicionar a la

O. N. U..

—Digamos que había decidido cuidar de sus propios intereses...

y nosotros dos también. No se engañe con nosotros, señor Hernández: hasta ahora hemos estado trabajando como auxiliares de la

K. G. B.,

así que no somos dos inocentes pajarillos.

¿Comprende también esto?

—Desde luego.

—Bien, en ese caso hablemos de riquezas —dijo Tatiana, retirando con un gesto delicado la tarjeta de entre los dedos de Hernández—. Nosotros estaríamos encantados de poder retirarnos de todos estos tinglados, pero para ello necesitamos dinero, pues no vamos a ponernos a trabajar de cualquier cosa, compréndalo. ¿Cuánto dinero cree que podemos conseguir por la tarjeta, señor Hernández?

—Será mejor que vayamos a la casa —dijo Wilson—. Tengo que hacer un par de llamadas. Seguramente tendremos que esperar las respuestas, pero les ruego que se consideren en su casa todo este tiempo.

—Yo sería casi feliz si en esa invitación estuviera incluida una cantidad interminable de champán —dijo Tatiana—. Francés, claro.

—Claro —sonrió Wilson Hernández—. ¡Yo no bebo de otro!

—Lo sospeché en cuanto le vi —sonrió Tatiana encantadoramente—. Me dije: he aquí un hombre inteligente y de buen gusto.

CAPÍTULO VI

La espera se prolongó lo suficiente para que Tatiana y Boris tuvieran incluso tiempo para echar una siestecita, de la que los despertó el rumor de un helicóptero. Boris fue quien se acercó a la ventana, completamente desnudo, y echó un vistazo a la zona de césped donde se había posado el aparato, del que saltó un hombre que se encaminó hacia la casa.

—Han enviado a un tipo a hablar con Hernández —dijo—. El helicóptero es de cinco plazas.

—Tal vez nos lleven invitados a otro lugar —sugirió Tatiana.

—Sí, tal vez —asintió Boris.

Se acercó a ella, que yacía también desnuda sobre el lecho, y se sentó en el borde de la cama. Se inclinó, y le besó delicadamente un pezón. Tatiana suspiró felicísima.

—Será mejor que nos vistamos —dijo Boris—. Sea lo que sea, es de suponer que Hernández querrá hablarnos muy pronto.

—Sólo me vestiré si me das otro beso igual que el anterior.

Boris le besó el otro pezón, y luego la boca. Ella se abrazó a su cuello, e introdujo suavemente la lengua entre los labios de Boris... El silencio, en contraste con la perturbación originada hacía poco por el helicóptero, era impresionante. Desde la ventana se veía el mar, azul límpido, de una belleza sobrecogedora.

—Hablemos del amor —suspiró Tatiana, cuando finalmente apartó su boca—. Y del señor Hernández. Dando por sentado que una persona que sabe amar no puede ser mala..., ¿podemos creer que él, que ama a seis jovencitas, es seis veces bueno?

—Digamos —frunció el ceño Boris— que es seis veces cerdo.

—Eso no es justo, mi amor —protestó Tatiana—: esas chicas están aquí porque quieren, porque les conviene. Ni mucho menos

me han parecido secuestradas.

—Entonces cada cual tiene lo que merece: ellas un cerdo y el cerdo seis cerditas. Vístete: no quiero que los ojos del cerdo se posen en ti.

—¿No habíamos convenido que nos amamos tanto que ninguno tendría celos pasara lo que pasara?

—Vístete —gruñó Boris.

Ni siquiera cinco minutos más tarde, cuando Tatiana estaba terminando de peinar sus rubios cabellos en el cuarto de baño anexo al magnífico dormitorio de la quinta, llamaron a la puerta. Boris abrió y consiguió mirar casi afablemente a Braulio.

—El patrón les está esperando, señor.

—Bajamos inmediatamente.

Y en efecto, un minuto más tarde ambos aparecían en el salón donde Hernández y el piloto del helicóptero aguardaban. Los dos se pusieron en pie.

—Nos están esperando —dijo Wilson.

—¿Quién? —preguntó Tatiana.

—Una persona muy importante, con la que podrían discutir sobre recompensas y todo lo que quieran. ¿Llevan encima la tarjeta postal?

—Naturalmente.

—Pues en marcha.

—Tengo la impresión —sonrió Tatiana— de que si pregunto adónde vamos nadie me va a contestar.

—Se equivoca —rió Wilson—: ¡Vamos a dar un paseo por las montañas!

* * *

Las montañas terminaron, y apareció el gran llano surcado de ríos que se dirigían hacia el Caribe. Llevaban recorridos más de doscientos cincuenta kilómetros en unas dos horas, y nadie tenía ganas de hablar ni siquiera para gastar alguna que otra broma, que habían sido la tónica de la primera parte del viaje, pues Tatiana tenía un sentido del humor que complacía mucho a Wilson Hernández y excitaba el suyo.

Ahora, al otro lado del istmo centroamericano, habían dejado ya

muy lejos el Pacífico y no tardaron en divisar en la distancia la bruma azulada del Caribe.

Fue justo entonces cuando el viaje llegó a su término. El helicóptero, que ya volaba bajo, se desvió, pasó sobre un río, sobrevoló un inmenso cafetal y alcanzó un extenso bosque cerca de otro río, junto al cual se veían los edificios de la hacienda. Eran cerca de las siete de la tarde. Un sol rojo parecía señalar la presencia de un volcán en la cadena de montañas dejada atrás.

No se veía absolutamente a nadie cuando el helicóptero tomó tierra delante de unos de los edificios de madera. Cuando el traqueteante rumor del helicóptero cesó, el silencio presionó en los oídos de los viajeros y Tatiana suspiró aliviada. Ni siquiera se oía el rumor del cercano río. Nada.

El primero en saltar del helicóptero fue el piloto, que se alejó hacia uno de los barracones. Luego saltó Hernández, que esperó a que Boris ayudase a Tatiana a descender del aparato, y señaló luego hacia otro edificio, cuyo aspecto sugería más confort que el resto de barracones. Cuando llegaron ante el porche de este edificio, Hernández miró a ambos rusos, y dijo:

—Esperen aquí un momento.

Subió al porche, llamó a la puerta, entró..., y al mismo tiempo salían del edificio cuatro hombres armados con metralletas que apuntaron firmemente a Tatiana y Boris. Simultáneamente, no menos de una docena más de hombres, igualmente armados con metralletas y algunos con pistolas, aparecieron por los lados del barracón, y por detrás de Tatiana y Boris. El cerco de armas era tal que la simple idea de intentar un contraataque era suicida.

—Quitadles las armas y la tarjeta y luego traédmelos —dijo Wilson Hernández, asomándose por detrás de sus hombres.

Entró de nuevo en el barracón. Tatiana y Boris ni siquiera se movieron cuando cuatro hombres se acercaron a ellos. Los miraban con aparente indiferencia, sin mostrar sorpresa ni siquiera por el hecho de que todos aquellos hombres vestían igual, una especie de mono-uniforme de color pardoverdoso que sugería, por supuesto, pertrechos militares; incluso algunos de ellos llevaban casco.

Los dos fueron privados de sus armas, cacheados expertamente a fondo y obligados a descalzarse. Sus zapatos les fueron devueltos tras ser examinados. Finalmente, y ya con la tarjeta postal en una

mano, el hombre que lucía un galón rojo en una manga señaló hacia el barracón.

Sentado tras una mesa, Wilson Hernández los miró mientras encendía un aromático cigarro liado a mano. Sus ojillos porcinos relucían perversamente, y de modo especial cuando se fijó en el busto de Tatiana. Terminó de encender el cigarro, tomó la tarjeta que habían dejado ante él y la miró, y la remiró. Por fin movió la cabeza con un gesto de pesar, y dijo:

—Sí, la he conseguido, y ciertamente eso ha beneficiado a mis jefes, pero no a mí. Quiero decir que naturalmente ustedes dos me han estado mintiendo sobre todo eso de la traición del observador ruso a la

O. N. U.,

y que son agentes en activo y leales de la

K. G. B.,

que buscan a quien mató a Parelsnikov y pista tras pista han llegado hasta mí. Es decir, que la

K. G. B.

me conoce. ¿Cierto?

—Evidentemente —asintió Boris.

—Pues es una mala noticia, porque tendré que prescindir de mi hermoso sistema de vida en Los Galápagos, y buscarme otro lugar, pero en fin, peor sería que me hubieran liquidado. ¿Les dieron esa orden?

—Nuestras órdenes en la

K. G. B.

—mintió con todo aplomo Boris— son llegar a saber qué significa la tarjeta postal de la isla Contadora y por qué mataron a Parelsnikov. ¿Lo sabe usted, Hernández?

—Por supuesto. ¿Acaso no fui yo quien atrapó al maldito traidor de Florencio Mijares? Sé muy bien lo que contiene esta tarjeta, causa única de que fuese necesario eliminar a Parelsnikov.

—Esa tarjeta no contiene nada. Está en blanco.

—Aparentemente, sí —asintió Wilson—, pero yo sé que Mijares escribió en ella los nombre de los jefes del

E. U. C..

Con una tinta especial que requiere un tratamiento para hacerse visible, desde luego.

—De modo —murmuró Tatiana— que por eso es importante la tarjeta... ¿Y qué es el E. U. C.?

—Estados Unidos de Centroamérica.

—¿Qué estados?

—Todos los de Centroamérica: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

—Ya. ¿Una federación de estados? ¿Como los U. S. A.?

—Más o menos.

—Con un presidente, claro. ¿Sería usted ese presidente, el presidente de los E. U. C.?

Wilson Hernández se quedó mirando pasmado a Tatiana. Luego, de repente, se echó a reír como si acabara de escuchar el chiste más gracioso de su vida.

—¿Lo ves? —dijo Tatiana, mirando a Boris—. ¿Ves como sí soy simpática y graciosa?

—Eso ya lo sabía —gruñó Boris.

—¡Pues a veces no parece estar de acuerdo con ello!

—Claro que sí —se sorprendió Boris—: siempre me has parecido graciosa, simpática e inteligente.

—¿Inteligente también?

—¡Naturalmente!

—Gracias, mi amor —sonrió dulcemente Tatiana—. Debo decirte que tú también me has parecido siempre muy inteligente.

—Por supuesto —asintió Boris—. ¡Vaya una novedad! ¡Los dos somos muy inteligentes, y eso lo sabemos hace tiempo!

—Es verdad. Pero el señor Hernández no lo sabe. El señor Hernández está convencido de que somos tontos. ¿Verdad que está usted convencido de que Boris y yo somos tontos, señor Hernández?

Wilson Hernández estaba ya pálido de ira, decepción y súbita preocupación. Por fuerza tenía que comprender el trasfondo de la conversación que sostenían Boris y Tatiana. Miró la tarjeta postal de la isla Contadora, y susurró:

—¿Ésta no es la tarjeta de Florencio Mijares?

—¡Nos había preocupado usted, señor Hernández! —exclamó con tono de alivio Tatiana—. ¡Habíamos empezado a pensar que

usted sí era tonto!

—¿No es la tarjeta que Mijares vendió al observador?

—Claro que no —dijo secamente Boris.

—¿La verdadera la tiene la

K. G. B.?

—Casi sollozó Wilson.

—La verdadera está en un lugar seguro del cual solamente nosotros podemos retirarla, salvo que tardemos más de un mes a pasar a por ella. En ese caso, partiría rumbo a Veracruz, México, donde tenemos un amigo que la recibiría.

—Maldita sea su estampa —jadeó Hernández, ya lívido—. ¡Malditos sean los dos! —No se lo tome así, hombre— dijo Tatiana. —Comprenda que debíamos tomar nuestras medidas de precaución. Pero tranquilícese: nosotros estamos dispuestos a seguir hablando de dinero a cambio de la tarjeta auténtica. Es que realmente queremos abandonar esta vida de sobresaltos, ¿comprende?

—Ustedes no van a jugar conmigo —jadeó Hernández—. ¡Puedo hacerlos pedazos!

—Es cierto —admitió Tatiana—. Pero dentro de un mes un amigo nuestra recibiría la tarjeta, y le aseguro que la

K. G. B.

la examinaría de tal modo que encontraría cualquier cosa o mensaje que haya en ella... además de los nombres de los jefes del

E. U. C..

Señor Hernández, entiéndalo: o se aprovecha usted de que Boris y yo estemos haciendo nuestro propio juego, o todo va a terminar muy mal para sus jefes. Y a fin de cuentas sólo pedimos dinero.

—Puedo torturarles hasta que me supliquen que acepte esa maldita tarjeta postal... ¡Puedo hacerlos trizas!

—Si no vamos nosotros a por la tarjeta no será entregada —dijo desdeñosamente Boris—, pero sí sería cursada a Veracruz dentro de un mes. Y un mes pasa en seguida, señor Hernández.

—¿Tienen que ir los dos a por la tarjeta?

—Sí. Claro.

Wilson Hernández entornó los párpados. Luego, muy lentamente, comenzó a sonreír. Dio una chupada al cigarro, ya más tranquilo, miró el escote de Tatiana y luego los hermosos ojos azules.

—Tengo la impresión de que ustedes dos forman una pareja muy unida, que se aman mucho y hace tiempo. ¿Es así?

—Me parece que no está usted pensando nada bueno —murmuró Tatiana.

—Para ustedes no, desde luego. Escuchen mi trato, y escúchenlo bien, porque no admitiré luego ni preguntas ni discusiones. Éste es el trato: usted se queda conmigo y Boris va a buscar la tarjeta acompañado por uno de mis hombres. Si antes de seis horas regresan ambos con la tarjeta ya tratada con el líquido revelador que tiene Florencio Mijares en su apartamento... o mejor, no revelada, sino que tiene que regresar solo con la botella que contiene ese líquido, para utilizarlo yo y convencerme de que ésa es la tarjeta auténtica..., si hacen eso, digo, en cuanto Boris haya regresado los fusilo a ambos.

—No me parece un trato muy bueno —dijo Tatiana.

—Se lo parecerá comparándolo con la otra posibilidad: si no hacen lo que acabo de decir la entrego a usted a mis hombres, para que de momento se vayan divirtiendo. Luego, cuando usted ya no sirva para nada la llevaré al mismo sitio donde, por espacio de una eternidad, estaremos torturando a Boris... y a usted también, para que se consuelen uno con otro.

—Son dos alternativas malas, señor Hernández.

—Sí —sonrió éste—, pero una es peor que la otra. ¿Cuál eligen?

—Iré a por la tarjeta —murmuró Boris.

—De acuerdo. Sixto va a recargar el depósito del helicóptero, y partirán inmediatamente. Veamos, son las... Pongamos que, como máximo, deben estar de regreso con la tarjeta y ese líquido a las dos de la madrugada. ¿Hay tiempo?

—Sí.

—Pues buen viaje, amigo Boris —sonrió perversamente Hernández.

Apenas quince minutos más tarde, ya repostado el helicóptero, éste despegaba llevando a los mandos a Sixto y en los asientos de atrás a Boris y a dos de los hombres de Hernández vestidos de paisano, pero muy bien armados. Desde una ventana del barracón, Tatiana vio alejarse el helicóptero. Por fin, cuando ya no se veía ni se oía, se volvió a mirar Hernández, que seguía sentado a la mesa saboreando su cigarro.

—Es usted un bobo —dijo Tatiana—: Boris no volverá.

—Ya lo creo que volverá.

—No volverá. ¿Acaso volvería usted?

—Yo no —sonrió de oreja a oreja Wilson—, pero él sí volverá. Hay una diferencia básica entre Boris y yo. ¿Sabe cuál es?

—A primera vista, sí, pero supongo que se refiere usted a otra.

—Desde luego. Dejando aparte el hecho de que él es hermoso y yo soy feo, Boris es de los que son capaces de amar. Yo no. Y esa diferencia, bella Tatiana, no la beneficia a usted en absoluto. Ni a él.

—Boris no volverá —susurró Tatiana.

—Ya verá como sí. Pero, aparte de hacerlo por su propia voluntad, usted parece olvidar que dos de mis hombres van con él, vigilándolo, y que...

Wilson Hernández se calló, y se quedó mirando hoscamente a Tatiana, que se había echado a reír de muy buena gana. Estuvo unos segundos mirándola, y luego, de pronto, sonrió.

—Acompáñeme —dijo, poniéndose en pie—: voy a enseñarle algunas cosas que le quitarán las ganas de reír.

CAPÍTULO VII

Ahora parecía totalmente que hubiera un incendio enorme tras las montañas hacia las que viajaban; un rojo resplandor teñía el parabrisas del helicóptero y se filtraba dentro de éste. Los rostros de Boris y de los dos hombres que viajaban junto a él, uno a cada lado, parecían arder.

Muy pronto, en cuestión de minutos, sería de noche.

Todos permanecían en silencio ahora, pero antes los dos vigilantes armados habían cambiado comentarios maliciosos:

—Y mientras tanto, ya verás —había dicho uno de ellos—, el señor Hernández se tirará a la rubia.

—No, hombre —dijo el otro—. Lo que dijo fue que la entregaría al personal.

—Y lo hará. Pero después de haberse recreado bien con ella. ¡Pues no es nadie para estas cosas el señor Hernández! Se la tirará hasta que no pueda más.

—¡Qué cosas! Unos divirtiéndose y otros pasándolas putas... Pero no debíamos hablar de estas cosas: a lo mejor a nuestro amigo Boris no le gusta saber que en este momento le están poniendo cuernos.

—Los rusos no hacen caso de esas cosas. Son diferentes. ¿Verdad? ¿Verdad, ruso?

Boris no había contestado, permaneciendo inexpresivo. Los dos graciosos habían insistido en el tema, pero finalmente se aburrieron ante la inalterable actitud de Boris. No tenía la menor gracia zaherir a una piedra. Porque eso era lo que pensaban de Boris, que era una piedra. Tal vez por eso, el que tenía a su derecha lo miró sorprendido cuando Boris se movió, como desparezándose.

—Míralo —gruñó—: está tan tranquilo como si fuésemos de

fiesta. Me está poniendo nervioso.

No dijo nada más. Ni volvería a hablar jamás en su vida, porque su vida terminó justo en aquel momento: Boris giró un poco el torso hacia él, y le disparó un puñetazo que le acertó justo en la sien izquierda. El hombre emitió un ronquido fortísimo, puso los ojos en blanco y salió despedido contra el fuselaje del aparato, donde rebotó ya muerto, desencajado el rostro.

El otro no tuvo tiempo de nada. O casi de nada. Eso sí, lanzó un grito de sobresalto, comenzó a mover la metralleta que alcanzó con la mano izquierda velozmente... y recibió el derechazo justo sobre el corazón. Tuvo la sensación de que dentro de su pecho estallaba una bomba de algodón que irradió dolorosísimas sensaciones por todo el cuerpo mientras la vida se oscurecía rápidamente ante sus ojos.

El siguiente puñetazo, cuando rebotaba contra el fuselaje y regresaba hacia Boris ya casi muerto, le ahorró sufrimientos y perplejidades. Le acertó en la barbilla, la partió y llegó la oscuridad súbita, definitiva, eterna.

El piloto no había tenido tiempo ni de volver la cabeza cuando Boris tenía ya en las manos una metralleta cuya boca de fuego apoyó en su nuca.

—Me pregunto —dijo secamente Boris— si usted querría hacer todo cuanto yo le dijera.

—Sí, señor —aseguró el piloto, lívido—. ¡Desde luego, señor!

* * *

—¿Qué diría usted que hay en los barracones de la hacienda? —preguntó Wilson al poco de salir él y Tatiana de uno de ellos.

—Supongo que herramientas, vehículos de labor, dormitorios, cocina... Todo eso.

—Bueno, sí —admitió Wilson—, claro que hay todo eso, pero ¿qué más?

—¿Armas, tal vez? No... Demasiado vulgar, ¿no es cierto?

—Bastante vulgar —admitió Banana-Tres—, aunque inevitable. Vamos, haga un esfuerzo, amiga mía. Adivine, adivine.

—No se trata de adivinar, sino de deducir... y no tengo datos suficientes para eso, amigo mío.

—Veamos... Estamos hablando de los Estados Unidos de Centroamérica, estamos en Centroamérica y queremos Centroamérica. ¿Qué puede haber en estos barracones?

—¿El alto mando del estado mayor de los E. U. C.?

—¡Exacto! —exclamó gozosamente Hernández—. Es decir, casi exacto. Desde luego, usted ha captado la idea. ¿Quiere ver algo... sorprendente?

—Me encantan las sorpresas.

Wilson Hernández sonrió, sacó un silbato de un bolsillo y sopló en él emitiendo unas notas características.

En seguida comenzaron a aparecer hombres procedentes del bosque, todos ellos ataviados con aquel mono-uniforme de color pardoverdoso, todos mostrando insignias, todos bien calzados, bien armados; todos silenciosos, fríos o inexpresivos. En un silencio impresionante, hasta casi doscientos hombres aparecieron de todas partes y fueron formando en la explanada de cuatro en fondo. Todos llevaban casco.

—Ya hace rato que estaban aquí, pues la jornada de entrenamiento e instrucción terminó a las ocho, pero esperaban escondidos por si ocurría algo... imprevisto. Bien, ¿qué le parecen?

Tatiana, que iba mirando uno a uno los hostiles rostros de aquellos hombres, murmuró:

—Son de carne de horca. Bandidos y criminales de la peor especie. No me diga que está tratando de convertir a esta clase de sujetos en soldados. Todo tiene un límite, Hernández.

—Le aseguro que disponen de unos instructores magníficos sobre tácticas de combate y cuestiones logísticas. Y son muy aplicados, están aprendiendo mucho y muy bien..., y muy rápidamente.

—De acuerdo. Pero ¿qué espera conseguir con doscientos soldados de esta catadura?

—Se equivoca usted —dijo suavemente Hernández—: no son soldados, querida, sino oficiales. Estos hombres, y otros grupos como éste repartidos en diferentes puntos de Centroamérica que también son en realidad campos de entrenamiento, están destinados a mandar las fuerzas revolucionarias el día del golpe definitivo, el D. G. D.

como lo llamamos nosotros. Comprenda que tenemos que procurarnos claves que simplifiquen y disfracen las comunicaciones.

—¿Entiendo que están entrenando ustedes no guerrilleros, sino gente para mandarlos con orden y concierto el día del golpe definitivo?

—¡Ahora sí ha acertado usted exactamente! Obsérvelos: cualquiera de estos hombres degollaría a su madre por un dólar. Es el único jefe que admiten: el dinero. Mientras se les pague se puede contar con ellos para todo. Y no hay cuidado al respecto, porque no es dinero lo que nos falta, ya que nuestros... amos tienen todo el que hace falta.

—¿Quiénes son sus amos?

—Bueno, eso no es fácil de definir, de veras. En principio, digamos que unos cuantos generales centroamericanos...

—No me lo creo.

—¿No? ¿Por qué no? ¡A ver si me va a resultar usted una ingenua! En primer lugar: ¿quién cree usted que está instruyendo militarmente a estos hombres? Pues, querida, militares profesionales, naturalmente. No generales, claro está, sino oficiales de mediana graduación seleccionados por los generales. Estos oficiales son los que esperan ascensos y honores en abundancia después de obtenida la victoria que seguirá al

D. G. D.,

y que será el primer paso para la creación de los Estados Unidos de Centroamérica secretos.

—¿Secretos? —Le miró vivamente Tatiana—. ¿Qué quiere decir?

—¿Usted cree que los

E. U. C.

sería algo... oficial? No, mujer, esa denominación es solo... interna. Le voy a explicar cómo están las cosas, bien entendido que usted ya sabe el gran follón que hay en Centroamérica: revoluciones, contrarrevoluciones, guerrilleros, antiguerrilleros... Sin ir más lejos, ayer en Honduras se organizó una masacre en...

—Sé muy bien lo que está ocurriendo en Centroamérica —cortó secamente Tatiana—. Explíqueme eso de los

E. U. C.

secretos.

—De acuerdo. ¿Qué mueve al mundo? La ambición, el poder, el

dinero. Todos quieren el dinero para tener poder o el poder para tener dinero. Ésa es la ambición común. Y para satisfacer esa ambición se idean las mil maneras...

—Las mil canalladas.

—Sí, es cierto —suspiró cómicamente Hernández—. Pero, en fin, así están las cosas. Hablemos de los generales, es decir, de *algunos* generales centroamericanos. Como usted sabe, hay generales que son líderes y otros que no lo son. Los que son líderes están luchando cada uno a su manera para sí mismos y, en cierto modo, simultáneamente por sus respectivas patrias. Pero quedan otros generales, de menos renombre, de esos... anodinos que, pase lo que pase, seguirán siendo generales del montón, si se puede decir así, mande quien mande en el gobierno de cada país. Pues bien, esos generales del montón, esos generales anodinos recibieron, todos, una fabulosa oferta: dinero para contratar personal y posteriormente armas suficientes para organizar una revuelta total, simultánea, en toda Centroamérica. Ellos tenían que elegir unos cuantos oficiales de su confianza que fuesen adiestrando a los mandos mercenarios que dirigirán el

D. G. D.,

tanto las guerrillas como la parte del pueblo y del Ejército que en cada país se ponga del lado de los generales anodinos. Esta revolución simultánea terminará de una vez por todas y en todos los países del istmo con toda clase de enfrentamientos. Todos los que no estén del lado de nuestros generales significará que están enfrente y, simplemente, serán barridos. Todos cuantos no estén del lado de los

E. U. C.

serán eliminados, tanto si están en su domicilio, como en centros oficiales, cuarteles, campamentos o guaridas de las montañas. En una palabra: el día del golpe definitivo, que se está gestando y planeando con gran lujo de detalles por los generales de los

E. U. C.,

Centroamérica se convertirá en un gigantesco matadero donde serán sacrificados todos los elementos que se hayan opuesto o puedan oponerse en el futuro a la buena marcha de los Estados Unidos de Centroamérica.

—Y esos... elementos a sacrificar. ¿Quiénes son?

—Ya se lo he dicho: los actuales generales líderes que están aceptando consignas extranjeras, parte del pueblo que apoya a esos militares, facciones del ejército... Amiguita, Centroamérica se ha convertido en la manzana que todos quieren tener, así que ha llegado el momento de aclarar de una vez por todas quién se queda con ella.

—Y se la van a quedar los

E. U. C..

—Exacto. Después del gran sacrificio de enemigos y rivales, cada país quedará en paz y en calma...

—Sobre un mar de sangre.

—... En paz y en calma, y los generales ahora anodinos de cada país asumirán dictatorialmente el mando, apoyados por enormes cantidades de dinero y de influencias exteriores.

—Entiendo. Y esas personas que aportarán el dinero y las influencias exteriores serán las que, en realidad, gobernarán secretamente en Centroamérica, manejando a los generales ahora anodinos como marionetas. Es un juego muy viejo, Hernández... aunque con la originalidad de crear los

E. U. C.

secretos. Es decir, que habrá un mando central, una... presidencia o un consejo presidencial que gobernará globalmente y en secreto todos los países centroamericanos.

—¡Exacto!

—Bueno, ¿acaso no es eso lo que ya se está intentando?

—Sí. Lo está intentando Estados Unidos, y por eso hay todo este jaleo. Pero los generales anodinos rechazan a Estados Unidos y aceptan a los amos que les van a colocar en posiciones de privilegio.

—¿Y quiénes son esos amos?

—¡Ah, querida amiga, ésa es la cuestión! ¿Quiénes son? Bueno, no me atrevería a decir nombres, pero, por supuesto, ya habrá comprendido usted que se trata de gente muy importante del poder económico mundial.

—Ya. Gente que tiene muchísimo poder porque tiene muchísimo dinero... pero que quiere más dinero y más poder. Así que esos criminales pretenden: a) asolar Centroamérica provocando una masacre espantosa; b) quedarse con lo que quede para proceder a su explotación humana y comercial: petróleo, frutas, diamantes,

maderas..., en fin, todo. Un gran feudo aparentemente dirigido por generales que habrán efectuado la última revolución, pero en realidad un... inmenso corral llamado secretamente Estados Unidos de Centroamérica y que será propiedad de... ¿de quién, Hernández?

—Ya le digo que sólo conozco algunos nombres. Hay dos rusos, para que lo sepa. —Hernández rió burlonamente—, aunque lo que más hay son yanquis.

—Era de temer.

—Sí. El capital yanqui se infiltra en todas partes..., y cada vez el capital quiere más capital. Oiga, esto lo están haciendo hace años los yanquis, ¿sabe?, de modo que no es nada nuevo, salvo en el modo de hacerlo y en que los planes son ahora particulares, no más o menos oficiales y disfrazados. Y creo que es lo mejor: un grupo de listos poderosos gobernando en los Estados Unidos de Centroamérica. Así que... me puse del lado de esos listos poderosos.

—Es una actitud muy inteligente —elogió Tatiana.

—¿Verdad que sí?

—Ya lo creo. Hablemos ahora de la tarjeta postal de la isla Contadora. ¿En ella están escritos los nombres de los amos de los E. U. C.?

—Algunos nombres, no todos. Pero en estos días en que se va a celebrar una última gran reunión conocer los nombres de unos cuantos podría significar conocerlos todos; bastaría ver a los conocidos reuniéndose con los no conocidos.

—Claro. ¿Y dónde será esa gran reunión?

—Pues, naturalmente, en... Oh, bueno. —Hernández se echó a reír—, ¿qué le parece si dejamos parte de esta conversación para otro momento? Mis hombres están esperando romper filas para cenar y descansar. Y yo también tengo apetito. ¿Cenaría usted conmigo, Tatiana?

—Me parece que en esa invitación hay algo que no me gustará. Quiero decir que usted no está pensando solo en cenar, ¿verdad?

—¿En qué otra cosa podría pensar? —rió de nuevo Wilson Hernández.

—En muchas —sonrió también Tatiana—, sólo que ninguna buena, por supuesto.

—¡No debería tener tan mal concepto de mí! —protestó jocosamente Hernández—. A fin de cuentas, ¿estoy haciendo yo

algo que no hagan otras personas que se las dan de honestas, bondadosas y justas?

—En eso tiene razón —admitió Tatiana—. Al menos, usted admite que es todo un criminal, y no anda por ahí dándose las de humanitario.

—Supongo que le parezco un personaje... pintoresco.

—Los he conocido más pintorescos que usted.

—¡Oh, qué decepción!

Tatiana se quedó mirándolo fijamente. Hacia el Este ya no quedaba más que un leve resplandor rojo oscuro; tan oscuro, que iba adquiriendo tonalidades negras rápidamente. El rostro de Wilson Hernández parecía ahora, a esta luz tenebrosa, más de mono cruzado con cerdo que nunca.

—Usted —murmuró suavemente Tatiana— tendrá una mala muerte, señor Hernández.

—Usted también —replicó en el acto Banana-Tres.

CAPÍTULO VIII

—Sin embargo, antes de morir de mala manera puede usted disfrutar de la vida —dijo Wilson Hernández.

—Querrá decir que puedo proporcionarle disfrute a usted —aclaró la bellísima Tatiana.

—¡Sí, eso quería decir! —exclamó entre risas el banana.

Estaban solos en una dependencia de uno de los barracones. Tatiana, por deseo expreso de Wilson Hernández, estaba completamente desnuda, sentada ante él, cenando ambos. Cerca de la mesa estaba la cama, ya preparada. Las intenciones de Hernández no podían ser más vulgares ni estar más claras. Tan claras que, más que cenar la sencilla comida del campamento, se estaba comiendo con los ojos a Tatiana. —A cambio de eso —decía Tatiana— lo menos que podía haber hecho usted por mí es conseguir champán para la cena..., que tampoco es precisamente exquisita.

—Hay que adaptarse a las circunstancias, querida mía.

—Eso es cierto. Y suelo hacerlo. Wilson: usted es un imprudente.

—¿Yo? ¿Sí? ¿Por qué?

—Por quedarse a solas conmigo. Podría matarlo de un solo golpe, se lo aseguro. —No le iría muy bien con mis hombres— movió la cabeza Hernández. —Es lo bastante lista para comprender que por mucho que le disguste lo pasará mejor conmigo que con doscientos canallas como esos de ahí fuera.

—Yo podría arreglármelas para escapar de aquí.

—Tal vez —la miró irónicamente Wilson—, pero queda su amado Boris, que continúa en mi poder y convencido de que si no sigue mis instrucciones usted lo va a pasar muy mal. Es curioso lo fácilmente que se puede manejar a personas como ustedes, que tienen sentimientos y emociones. Cada uno se somete a mí para

evitarle males al otro. Usted no hará nada para no poner en peligro a Boris, y él no hará nada para no ponerla en peligro a usted. ¿Más vino?

—Sí, por favor. Precisamente iba a pedirselo.

Wilson Hernández agarró la botella, la puso boca abajo y del recipiente no salió ni una gota de vino. El banana miró sorprendido a Tatiana.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Se ha terminado!

—Supongo que puede pedir más.

—Puedo, pero no quiero. No deseo que esté borracha cuando la goce. Y como ya es tarde, y hemos charlado, comido y bebido suficiente, vamos a por la última parte...

—Le aseguro que lo pasará mejor conmigo si pide otra botella.

Hernández se quedó mirándola dubitativamente, y por fin se puso en pie, fue a la puerta y la abrió. A una voz suya alguien acudió corriendo, haciendo estrépito con sus botas en el piso de madera. Hernández pidió la botella de vino, cerró y regresó a la mesa, pero no a su sitio, sino detrás de la silla que ocupaba la desnuda Tatiana. Le puso las manos en los hombros y luego las deslizó por los brazos para, finalmente, con un gesto brusco y rudo, asir sus pechos con manos engarfiadas.

—Pórtate bien conmigo —susurró—, y vivirás bastante tiempo. De lo contrario, esta misma noche doscientos hombres pasarán por ti. ¿Está claro?

Tatiana alzó y ladeó la cabeza, y le miró, sonriente. Era tan hermosa que Wilson Hernández se sintió más que nunca como un mico gordo aferrado a una hembra de otra especie. Era una sensación que siempre le había torturado, y que en aquel momento aparecía más intensa que nunca.

—Wilson —susurró también Tatiana—, es posible que lleguemos a un aceptable entendimiento pero, por favor, no seas grosero ni bruto. Hasta para tocar a una mujer hay que tener estilo.

—¡Qué mierda de estilo! —jadeó Hernández—. ¡Aquí se trata de hacerlo bien los dos, y cada cual tiene su estilo! ¡Vamos a la cama! ¡Y no me vengas con más excusas ni dilaciones! ¿Crees que no me he dado cuenta de que llevas mucho rato demorando el momento, como si esperases algo que pudiera salvarte de ser mía? ¡Ponte en la cama inmediatamente..., y ya sabes cómo!

—Lo estás estropeando.

—¡Ponte patiabierta en la cama!

Tatiana se puso en pie, desprendiéndose de las manos que estrujaban sus hermosísimos pechos, y fue a tenderse en la cama. Wilson Hernández se quedó junto al lecho mirando con ojos saltones aquel caudal de belleza como no había visto en su vida y, soltando un gruñido, se quitó los pantalones y se metió en la cama, colocándose inmediatamente entre los muslos de Tatiana.

—Te voy a taladrar —jadeó.

Con un gesto violento y animal penetró a la bellísima rubia y, alzado sobre sus brazos, la miró con expresión turbia en la que flotaba una sonrisa de triunfo y lascivia.

—¿Qué te parece? —jadeó—. ¡Ya eres mía, te voy a...!

—A lo mejor con otro podría soportarlo —dijo Tatiana—, pero contigo me moriría de asco.

Dicho esto, Tatiana movió la mano derecha, que golpeó de canto en un lado de la frente de Banana-Tres. Éste se atragantó, giró los ojos de modo que mostró solamente córnea, y cayó fulminado sobre el espléndido cuerpo de la espía, que se lo quitó de encima con un incontenible gesto de repulsión. Wilson Hernández rodó sobre la cama y cayó al suelo, con blando sonido. Tatiana saltó ágilmente de la cama, y justo cuando se inclinaba sobre el banana sonó la llamada a la puerta.

El titubeo de Tatiana fue brevísimo. Se dirigió a la puerta, la abrió lo justo para que el hombre la viese nada más a ella, y sonrió. El hombre tuvo como un fugaz incendio en los ojos al ver las desnudeces femeninas.

—¿Traes el vino? —susurró Tatiana—. Pasa, Wilson quiere que nos sirvas tú.

El hombre entró. Llevaba la botella en la mano derecha, y en ese mismo lado de la cintura la funda conteniendo la pistola. En el momento en que Tatiana cerraba la puerta el hombre vio a Hernández tendido en el suelo. Se quedó absorto, con la mente en blanco. Tatiana se colocó ante él, le quitó la botella y al mismo tiempo hundió ferozmente su rodilla derecha entre las ingles del mercenario, que lanzó un bramido ahogado, se encogió llevándose las manos al lugar golpeado, y cayó de rodillas. Otro rodillazo, ahora en la mandíbula, lo derribó de costado sin sentido. Tatiana

corrió hacia la cama, se sentó, y se frotó la rodilla, haciendo graciosos gestos de dolor.

Cuando Wilson Hernández recobró el conocimiento Tatiana ya estaba vestida, sentada en una silla, y bebiendo apaciblemente un vaso de vino. Wilson se puso en pie, y entonces vio al mercenario tendido en el suelo y atado como un fardo con trozos de sábana. Su pistola la llevaba Tatiana al cinto.

—Maldita seas —jadeó roncamente Hernández—. ¡Te arrepentirás de esto! ¡Mis hombres te van a...!

—No lo entiendes —le miró sorprendida Tatiana—: si no te estás quietecito y haces lo que yo te diga te voy a matar. Es así de simple, Wilson, amigo mío.

—Si me matas nada detendrá a mis hombres.

—Cierto. Pero tú estarás muerto. No sé si lo entiendes.

De modo que si quieres seguir con vida tiéndete en la cama y espera. No creo que él tarde mucho en regresar a por mí. Hay que hacerse cargo de que ha tenido que dejar el helicóptero lejos para que no lo oyeseis. Además, antes de hacer nada querrá estar seguro de que estoy en condiciones de seguridad total.

—¿De qué estás hablando?

—Amiguito —sonrió gélidamente Tatiana—, ¿no sabes con quién te has metido esta vez! Empezarás a enterarte cuando oigas el canto de una gaviota.

—Estás loca —farfulló Wilson—. ¡Una gaviota aquí, y de noche!

—Se admiten apuestas —sonrió de nuevo Tatiana—. Y ahora cállate. Y piensa en una sola cosa: si alguien me molesta, te mataré.

Wilson Hernández se tendió en la cama, sombrío el gesto. Por su mente pasaban ideas e imágenes de venganza. Le parecía todo sencillamente absurdo, no le cabía en la cabeza que Tatiana pudiera dominar definitivamente y de modo tan sencillo la situación. Todo volvería a sus cauces, y entonces...

¡Ah, como iba a gozar de su cuerpo antes de entregarla a sus hombres y ver cómo la violaban hasta el despiece uno tras otro...!

Cuando, no mucho más tarde, Wilson Hernández oyó en el exterior el graznido de una gaviota, no se lo creyó. Miró con los ojos muy abiertos a Tatiana, que se puso en pie, se acercó a la ventana y terminó de abrirla. El graznido de la gaviota volvió a oírse, un ¡graaaccc! Chillón, fuerte. Tatiana desenfundó la pistola y

disparó lentamente por tres veces al aire. Afuera sonaron voces, gritos, ruido de pies. Fuera del aposento donde estaban Tatiana y Hernández también se oyeron voces, y rápidas pisadas. Tatiana fue a la cama, agarró a Hernández de una oreja con la mano izquierda, y lo sacó de la cama, colocándolo ante ella, sin soltarle la oreja y clavándole la punta de la caliente pistola en la nuca.

—Vamos a salir los dos de aquí, y tus hombres nos abrirán paso. Si me disparan me matarán, cierto, pero nunca tan rápidamente que yo no tenga tiempo de volarle la cabeza. ¿Está claro, banana?

—No te saldrás con la tuya... ¡Aunque me cueste la vida no te...!

—Deja de fanfarronear. La gente como tú jamás entrega su vida por nada ni por nadie, así que querrás vivir, lo sé.

Camina.

Apenas había dado Wilson un par de pasos hacia la puerta cuando ésta se abrió, y dos hombres se precipitaron en la estancia, pistola en mano. Se detuvieron en seco al ver la escena, y sus miradas buscaron en seguida la de Wilson Hernández. Éste jadeó:

—Apartaros... ¡Salid de aquí y decid a todos que se aparten, que no hagan nada! ¡Maldita sea, apartaros!

Los dos hombres retrocedieron y salieron. Acto seguido salieron Tatiana y Wilson, y poco después salían del barracón, como empujado por delante a varios hombres que cedían de mala gana a la situación; situación que estaba por demás clara, y que no requería los gritos de Hernández dando órdenes. Era muy simple: o dejaban paso libre a la rubia o ella mataba a Hernández. Y si moría Hernández, ¿qué pasaría luego? Matarían a la rubia, desde luego, pero... ¿Quién les pagaría a ellos, qué pasaría, que tendrían que hacer?

De todos los barracones habían salido hombres, que iban quedando inmóviles a medida que iban captando la situación. Las luces, escasas y de baja intensidad, daban un tono siniestro a la escena. La Luna todavía no había salido, pero ya se percibía su resplandor. Saldría en cuestión de minutos...

—¡Hacia el bosque! —Llegó nítidamente la voz de Boris.

Hubo un movimiento entre los hombres de Hernández, pero la orden de Tatiana fue tajante:

—¡Que nadie se mueva de donde está!

Se dirigió hacia el bosque llevando ante ella a Wilson

Hernández. Su valor tenía estupefactos a los mercenarios allí reunidos. Ciertamente que todos comprendían que aunque la matasen ella siempre tendría tiempo de volarle la cabeza a su jefe, pero aun así hacía falta tener agallas para hacer lo que estaba haciendo aquella mujer...

La figura de Boris apareció cuando estaban cerca del bosque, y se acercó a ellos rápidamente.

—¿Estás bien? —exclamó.

—Este cerdo me penetró.

—¡Te estoy preguntando si estás bien!

—Claro que sí, mi amor. ¿Cuánto calculas que tendremos que caminar para llegar al helicóptero?

—No iremos al helicóptero, quedó demasiado lejos. Pero tengo otro vehículo para ti muy cerca de aquí.

—¿Un *jeep*?

—Mejor todavía. No te descuides con este sujeto y sigue mi luz.

La luz de la linterna manejada por Boris les precedió por el bosque hasta llegar a un claro. Allí, Wilson Hernández abandonó sus últimas esperanzas cuando los dos hombres que debían vigilar el pequeño cazabombardero aparecieron en el círculo de luz, uno de ellos con sangre en el pecho, y el otro con el cuello extrañamente retorcido; sus ojos estaban desorbitados.

—Apuesto a que ya pasaste antes por aquí —dijo Tatiana.

—Vine caminando, claro está, y en algunos sitios vi unas rodadas de neumáticos que no me parecieron de automóvil ni de camión, por su tamaño. Y llegué hasta aquí. Detrás hay un claro que sirve de pista. Aterrizan de cara aquí, y meten el avión en un hangar natural formado por las copas de los árboles. Un camuflaje perfecto.

—Pero si tenemos que darle la vuelta al avión...

—No, ya lo dejan encarado de nuevo a la pista, y preparado para despegar en cualquier momento.

—Claro. Bueno, pues vámonos.

—¿Están locos? —Casi sollozó Hernández—. ¡Es un avión grande, está lleno de bombas...!

—No se preocupe, Banana-Tres —dijo Tatiana—: Boris se las entenderá perfectamente con ese aparato. Vamos, camine.

La luz de la luna iluminó pocos segundos después el claro y las

copas de los árboles. Llegaron al avión, junto al cual había otro hombre tendido en el suelo boca abajo, inmóvil.

—Ya veo que en seguida pensaste que escaparíamos con este avión —susurró Tatiana—. Espero que no te hayas equivocado en nada. —Todo está en orden— gruñó Boris.

* * *

Los mercenarios que finalmente y con sigilo se decidieron a seguir a los fugitivos por el bosque, con la esperanza de tener alguna oportunidad de recuperar el control de la situación, se detuvieron en seco cuando comenzó a sonar el rugido que, de momento, no identificaron. Hasta que de pronto una voz sonó en la oscuridad del bosque lo bastante fuerte para ser oída:

—¡Es el cazabombardero!

El rumor se hizo más atronador, hubo como un feroz rugido en el bosque, todo tembló... y acto seguido pareció que todo se afinase, que una relativa calma regresara. Por entre los árboles, a lo lejos y delante de ellos, los mercenarios vieron los chorros de luz del pequeño cazabombardero.

—La madre que los parió... ¡Se lo llevan! —chilló alguien.

Corrieron hacia donde ubicaban siempre el bombardero, siempre vigilado por dos hombres durante el día y por tres durante la noche. Cuando llegaron allá todavía se oía, aunque cada vez más débilmente, el rumor del avión. Encontraron los tres hombres muertos, uno de ellos con el cuello roto, retorcido como si se hubiera tratado de una mecha. Ahora el silencio era total, no se oía ni una voz por entre las luces de varias linternas.

—Volvamos al campamento —dijo alguien—. Habrá que pensar en qué hacemos, aunque la cosa está clara: le primero, largarnos de este lugar.

Emprendieron el regreso, sin preocuparse más por los cadáveres de sus compañeros.

Y todavía no habían llegado a los barracones cuando comenzaron a oír de nuevo el rumor del cazabombardero... que volvía.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Tatiana.

—Vaya una pregunta —dijo Boris—; utilizar la radio para conseguir contacto con la
W. W. W.

y que nos indiquen dónde y cómo podemos aterrizar con este cacharro sin que nadie nos moleste.

—No será fácil encontrar un lugar adecuado.

—Lo que no consiga la

W. W. W.

—dijo con convencimiento Elvis North— no lo consigue nadie.

—Tienes razón. Seguro que encontraremos ese lugar. Pero en realidad, lo que preguntaba era que qué hacemos respecto a la tarjeta postal y los sujetos cuyos nombres aparecen en ella. Veamos: lo primero que tenemos que hacer es ir al apartamento de Florencio Mijares y buscar allá el truco que haga aparecer la escritura en la tarjeta postal. Debe tenerlo todo allá, así que ningún problema. Pero ¿qué te parece que podríamos hacer luego?

Elvis North, fija la mirada en la ruta y firmes las manos en los mandos del aparato, estuvo pensativo unos segundos antes de decir, muy juiciosamente:

—Propongo que primero vayamos a recoger la auténtica tarjeta postal y la sometamos a ese líquido revelador que encontraremos en el apartamento del tal Mijares. Luego, ya veremos.

—De acuerdo.

—Pues ya puedes llamar por la radio a tus amigos de... —Quería decirte antes que no es cierto que aquel cerdo tuviera—. Estás viva y conmigo. Lo demás no importa.

—Si se hubiera tratado de tu vida le habría dejado hacer conmigo lo que quisiera, pero yo estaba segura de que tú estabas bien y haciendo lo que tenías que hacer. Y lo vi allí, sobre mí, tan... repugnante. Me había penetrado, eso sí, pero... no le di tiempo a nada. ¡No pude soportarlo!

—Olvidalo, mi amor. Hay tipos y cosas a las que no vale la pena dedicarles ni siquiera un segundo de recuerdo.

—Tienes razón. Sin embargo, estaba pensando ahora en todo lo hablado con Hernández respecto a la gran reunión. Le pregunté

dónde se llevaría a cabo, y él dijo: *pues, naturalmente, en...* Y luego cambió de tema. No te he explicado todavía lo que me contó...

Alice puso a Elvis al corriente de todo cuanto le había explicado Banana-Tres, y luego ambos quedaron pensativos. Lo importante ahora, si querían cazar a los que pretendían ser los amos secretos de los Estados Unidos de Centroamérica, era saber dónde se llevaría a cabo la gran reunión, cosa que iba a suceder muy en breve.

Naturalmente, en... Naturalmente, ¿dónde?

De pronto, Elvis y Alice se miraron.

—Naturalmente —dijo Elvis.

—Debió ocurrírseme antes —suspiró Alice—: naturalmente, en la isla Contadora. Por eso escribió Florencio Mijares los nombres en una postal de esa isla. Naturalmente: ¡en la isla Contadora!

ESTE ES EL FINAL

Muy bien, en la isla Contadora, pero ¿dónde, de la isla Contadora? ¿En un hotel, un *bungalow*, un lugar privado? Lo escrito por Florencio Mijares había aparecido al ser tratado con el líquido hallado en su apartamento. Todo eran nombres:

- King Overseas Gral. Dionisio Huertas John Albert.
- Lieberman Dexter Lyman III Gral. Leoncio Peribáñez Igor.
- Leviakov.

Había exactamente diecinueve nombres, y tanto Alice como Elvis habían comprendido que la lista no era exhaustiva, ni mucho menos. Aquéllos eran los nombres de algunos de los proyectados amos de Centroamérica, de algunos de los criminales que estaban tramando la más horrenda y generalizada matanza en el istmo americano para luego quedarse con los despojos simulando que cada país ya en paz quedaba al mando de un general «patriota», y que no sería más que un cochino vendido...

Diecinueve nombres solamente, pero sin duda en la gran reunión estarían TODOS los amos de los Estados Unidos de Centroamérica. Todos. Pero ¿dónde? Había que encontrarlos ahora, en Contadora, en esta ocasión, porque difícilmente tendrían otra oportunidad de encontrarlos a todos reunidos. Había que encontrarlos en Contadora..., y fue Alice Westmoreland quien los encontró, y del modo más inesperado y sorprendente: encontrando a uno solo, cuyo nombre era King Overseas, precisamente el primero de la lista.

Sólo que King Overseas resultó no ser un hombre, sino el «nombre» de un barco, de un hermoso y enorme yate con bandera panameña anclado en las azules aguas frente al embarcadero de isla

Contadora, fondeado como alejado de cualquier posible intromisión.

Con los prismáticos que había estado utilizando desde hacía tres días vigilando todo lo vigilable de la isla Contadora, Alice Westmoreland vio el yate, vio su nombre y quedó atónita un instante. Otro instante después había comprendido que Mijares había hecho una gran venta informativa al observador de la O. N. U..

Acto seguido, simplemente, la señorita Westmoreland llamó por su pequeña radio de bolsillo para informar que había encontrado el lugar de la gran reunión y a todos los amos de los Estados Unidos de Centroamérica.

A media tarde, el *King Overseas* levó anclas y zarpó, alejándose de Contadora en dirección a Panamá, pero virando muy pronto y tomando su verdadera ruta hacia mar abierto, donde nadie les molestaría no tendría la menor posibilidad de verlos ni escucharlos.

* * *

Casi una hora más tarde, el *King Overseas* se hallaba en mar abierto a unas treinta millas de la costa más cercana. En la cubierta, uno de los marineros decidió que ya era demasiada casualidad que aquella lancha les estuviera siguiendo, aunque fuese a considerable distancia. Pasó aviso y, al poco, dos elegantes caballeros de facciones altaneras aparecían en cubierta, y cada uno de ellos enfocó un par de prismáticos hacia la lancha perseguidora. Y ambos pudieron ver que la tripulaba una preciosa muchacha cuyos rubios cabellos hacía ondear el aire de la marcha.

—¿Y desde cuándo nos sigue? —preguntó Dexter Lyman III.

—Prácticamente desde que nos alejamos de Contadora, señor.

—¿No ha visto a nadie más en la lancha?

—No señor, sólo a la muchacha.

La volvieron a mirar. Ahora, la muchacha rubia estaba mirando precisamente hacia ellos utilizando a su vez unos prismáticos, y movió una mano en inconfundible saludo, que habría resultado simpático si en su bello rostro no hubiera habido una expresión cuya dureza impresionó a los dos hombres. Los impresionó tanto que tardaron unos segundos en caer en la cuenta de que estaban

oyendo el rumor de un avión. Entonces lo buscaron en el cielo con los prismáticos.

Y lo vieron, ciertamente. Lo vieron cada vez mejor y más cerca, porque el avión, un pequeño cazabombardero, iba directo hacia ellos, volando cada vez más bajo. Tan bajo, tan directo, que los hombres que lo miraban, ya a simple vista, estaban todos pálidos.

—Pero... ¡ese hombre está loco! —jadeó Igor Leviakov.

No debía ser así, porque de pronto del avión salió despedido un bulto, que pocos segundos después se convirtió en un paracaídas abierto y del cual pendía un hombre. Normal. Lo que no era normal era la dirección que llevaba el abandonado aparato, cuyo rugido se iba acercando semejando cada vez más un largo trueno al yate *King Overseas*, en cuya cubierta varios hombres veían venir la catástrofe paralizados completamente por el miedo.

El estruendo del impacto fue tremendo. El yate se partió y se incendió en el acto, reventando acto seguido y lanzando cadáveres despedazados a su alrededor. Y ya no quedaba ni rastro del yate ni del avión sobre las azules aguas del Pacífico cuando la lancha llegó junto a Elvis North, y Alice Westmoreland se asomó a la borda.

—¿Necesita usted ayuda, señor? —se ofreció—. ¿Puedo llevarle a algún sitio?

—Ayúdeme a subir —escupió agua Elvis North—: quizá haya tiburones por estas aguas.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...